

HISTORIAS DE
JUIZ DE ALARCÓN



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes

**HISTORIAS DE
RUÍZ DE ALARCÓN**

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El censor,
Franc.º de P. Rivas y Servet
Presbítero

Barcelona 21 de Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular,
José Palmarola

Por mandato de Su Sria.,
Lic. Salvador Carreras, Pbr.
Scño. Canc.

23855

HISTORIAS DE RUÍZ DE ALARCÓN

RELATADAS A LOS NIÑOS

POR

MARÍA LUZ MORALES

CON ILUSTRACIONES DE

ALBERT

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



224X142

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 592 : BARCELONA

1875

HISTORIA DE REIN DE ALARCON

RELATADA A LOS REYES

1875

PARA LOS REYES

LOS REYES

ALBERT

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo	vii
LA VERDAD SOSPECHOSA.	11
EL TEJEDOR DE SEGOVIA.	55
LAS PAREDES OYEN	118

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

	<u>Páginas</u>
Yo misma mataré al Tejedor	<i>Frontis</i>
...del que salieron dos damiselas... . . .	14
A la detonación cayó doña Sancha	31
...cerró el balcón de golpe y dejó al ga- lán...	41
...llevando entre los dos a Garcerán des- mayado	70
...se arrancó con los dientes.	95
...y le quitaban las armas.	108
No manchéis vuestra espada ilustre... . .	113
...se detuvieron delante de la casa de doña Ana...	122

PRÓLOGO

He aquí, queridos niños de habla española, reunidas en este librito, tres comedias de uno de nuestros más preclaros ingenios, algo—y muy injustamente—olvidado, aquí, en nuestra España. Y digo nuestro, tratándose de un hombre de América, porque Alarcón cultivó la comedia española al uso en su tiempo, con todo el donaire de nuestros mejores comediógrafos del siglo de oro, y, porque al tratar de poesía y de literatura en naciones que se expresan en el mismo lenguaje—lo que es como sentir con el mismo corazón—no hay tuyo ni mío. Todo es, a un tiempo, de España y de América: todo es nuestra literatura, todo es nuestra poesía, todo es nuestra gloria...

Poco o casi nada ha llegado a nosotros de la vida de don Juan Ruiz de Alarcón, autor de las bellas comedias que a continuación váis a leer, torpe y desmañadamente puestas a vuestro alcance por nuestra, más que humilde, pluma; lo único que a ciencia cierta se sabe es que nació en Tasco, pueblo de una de las provincias de Nueva España (Méjico), de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcón, provincia y obispado de Cuenca...

Pero, más que su vida nos importan sus obras, que son su verdadera vida; la que aún vive y seguirá, por muchos siglos, viviendo... Y de éstas sí que sabemos que, en su tiempo, se equipararon a las de Lope, Calderón y Moreto; que son muchas y muy bellas; que algunas, como *La verdad sospechosa*, fueron imitadas nada menos que por el famoso Corneille, de Francia, y que en todas ellas nos deleita una forma perfecta y nos conmueve un fondo elevado. Después de leer *La verdad sospechosa*, *El tejedor de Segovia*, *Las pare-*

des oyen—que son las tres que aquí os damos—, y tantas otras hermosas comedias, sabemos que don Juan Ruiz de Alarcón fué un grande hombre, honra de Méjico, su patria de nacimiento, y de España, su patria de origen. Y con saber esto nos basta.

Que su lectura os sea tan grata como merece, y que contéis al acabarla con una admiración más a una gloria patria, es lo que desea.

MARÍA LUZ.

the first of these is the fact that the
 second of these is the fact that the
 third of these is the fact that the
 fourth of these is the fact that the
 fifth of these is the fact that the
 sixth of these is the fact that the
 seventh of these is the fact that the
 eighth of these is the fact that the
 ninth of these is the fact that the
 tenth of these is the fact that the

eleventh of these is the fact that the
 twelfth of these is the fact that the
 thirteenth of these is the fact that the
 fourteenth of these is the fact that the
 fifteenth of these is the fact that the
 sixteenth of these is the fact that the
 seventeenth of these is the fact that the
 eighteenth of these is the fact that the
 nineteenth of these is the fact that the
 twentieth of these is the fact that the

twenty-first of these is the fact that the
 twenty-second of these is the fact that the
 twenty-third of these is the fact that the
 twenty-fourth of these is the fact that the
 twenty-fifth of these is the fact that the
 twenty-sixth of these is the fact that the
 twenty-seventh of these is the fact that the
 twenty-eighth of these is the fact that the
 twenty-ninth of these is the fact that the
 thirtieth of these is the fact that the

thirty-first of these is the fact that the
 thirty-second of these is the fact that the
 thirty-third of these is the fact that the
 thirty-fourth of these is the fact that the
 thirty-fifth of these is the fact that the
 thirty-sixth of these is the fact that the
 thirty-seventh of these is the fact that the
 thirty-eighth of these is the fact that the
 thirty-ninth of these is the fact that the
 fortieth of these is the fact that the

forty-first of these is the fact that the
 forty-second of these is the fact that the
 forty-third of these is the fact that the
 forty-fourth of these is the fact that the
 forty-fifth of these is the fact that the
 forty-sixth of these is the fact that the
 forty-seventh of these is the fact that the
 forty-eighth of these is the fact that the
 forty-ninth of these is the fact that the
 fiftieth of these is the fact that the

LA VERDAD SOSPECHOSA

I

Hace ya muchos años, vivía en Madrid, corte de España, un noble hidalgo, rico y de elevada alcurnia, cuyo nombre era don Beltrán y que gozaba de gran privanza con el rey. Tenía este caballero dos hijos a cual más inteligente y más gentil: don Gabriel se llamaba el mayor, y el más pequeño don García. Y como en aquellos tiempos se estilaba que el mayorazgo fuese el heredero de todo el patrimonio, y al segundón—que así se les llamaba—se le dieran estudios o carrera, don Gabriel pasó su juventud en la Corte, al lado de su padre, en el regalo y costumbres cortesanas, y don García, mucho más mozo que su hermano, vió transcurrir sus años mejores en Salamanca, estudiando las Letras y las Ciencias y divirtiéndose su mocedad a la vez, cuanto podía.

Mas sucedió que don Gabriel, en quien su padre tenía puestos todos sus amores, murió en plena juventud, y entonces don Beltrán, el rico hidalgo, tras llorar amargamente al hijo muerto, se apresuró a llamar a su lado al hijo vivo, quien, quedando por mayorazgo y heredero, debió abandonar sus estudios para emprender la agitada vida cortesana.

Años hacía que don Beltrán no veía al menor de sus hijos, y en verdad que al verle de nuevo no tuvo motivos sino para sentirse altamente orgulloso y dar gracias a Dios que tal consuelo a su ancianidad había concedido. Porque don García era magnánimo y valiente, ingenioso y sagaz, liberal y piadoso. Y hermoso como el más hermoso doncel de su edad y condición, y generoso y noble, y de un corazón de oro, que no podía ver un infortunio sin correr a socorrerlo al punto, y de una inteligencia poderosa que con la facilidad mayor se asimilaba las cosas más difíciles, y de una palabra tan dulce y persuasiva, que quien una vez la escuchaba hubiese querido pasar toda la vida oyéndola... Mas, ¡ay!, en las palabras estaba precisamente la única falta que en toda la galana persona de

don García se podría encontrar, la que fué pesadilla y oprobio de su padre en cuanto lo advirtió. Porque...—¿nos atreveremos a confesarlo?—don García apenas podía decir cuatro palabras de verdad seguidas y ésto sin que hubiera por su parte mala intención ni afán de engaño, ni mezquindad de alma, sino, sencillamente, porque su imaginación corría más que un caballo sin freno, porque sus palabras fluían de sus labios como torrente desbordado, sin que él pudiera contener a aquélla ni medir a éstas, y porque, en fin, en el tiempo que había pasado en Salamanca, en la vida pícara y alegre de estudiante, en que la mejor gala era la travesura, se había acostumbrado de tal modo a la mentira que, sin que él se diera cuenta, en su boca y en su pensamiento se confundía casi, casi con la verdad.

Y era éste, defecto tan grave en un caballero de entonces—que entre sus prendas debían contar la de ser espejo de verdades—, que el pobre don Beltrán, como hemos dicho, al saber la falta de don García, y advertir que era punto menos que incorregible, por lo muy arraigada, se hundió en la más grande aflicción y decidió casar a toda prisa a aquel su

hijo único, antes de que su natural embustero fuese en la Corte de todos conocido y ello pudiera perjudicarle para encontrar mujer de calidad.

Mas he aquí que, por el momento, el galán embustero no pensaba en casorios. Acababa de llegar a la Corte y andaba con Tristán, su escudero, luciendo su mucha gentileza por la Villa, buscando modo propicio para divertirse y requebrando a cuantas damas pasaban por su lado. Y en estas andaba, al día siguiente mismo de su feliz arribada, cuando amo y escudero fueron a dar a las Platerías que era donde en aquella época se congregaban las damas y galanes más lucidos.

Y he aquí que, apenas habían dado por aquel lugar un par de vueltas, cuando a la puerta de la más rica joyería de la calle, vieron pararse un coche muy bien enjaezado, del que salieron dos damiselas, tan lindas como no puede describirse ni tan siquiera imaginarse, llevando detrás a una doncella y a un lacayo que las acompañaban.

Ver don García a la primera de las damas (se llamaba doña Jacinta, y doña Lucrecia la amiga que con ella iba) y quedarse estático,



...del que salieron dos damiselas...

todo fué lo mismo. A pesar de ser tan voluble y enamoradizo, le pareció como si jamás hubiese mirado a mujer alguna, y empezó a jurar a Tristán que, si él no había visto mal, aquella dama llevaba, por lo menos, dos soles en los ojos, que la mano con que se recogía el manto era de auténtico marfil y, en fin, otras mil ponderaciones de éstas que entonces se estilaban. Y mientras su criado iba a preguntar al cochero el nombre de las damas, él aguardó, anhelante, a que salieran de la tienda.

Y quiso su fortuna, que al ir a subir al coche tropezara y estuviera a punto de caer la bellísima Jacinta. Mas no dió don García lugar a que llegara al suelo, pues, tendiéndole la mano con muy buena gracia, la sujetó galantemente e impidió que cayera.

Agradeció la hermosa la atención, protestó el galán de que ésta no era tal, sino dicha para él muy grande, pues le había dado ocasión de poder tocar el cielo con la mano; intrincáronse ambos en los más amables dichos y las más dulces palabras, prendóse él de ella escuchándola hablar tanto como antes de verla sólo se prendára, y a los pocos instan-

tes, sin poderlo remediar y aún sin que en ello hubiera voluntad de engaño, ya se había intrincado en una sarta de mentiras de las que no podía salir sino... diciendo otras.

—¿Cómo, señora—decía a la hermosa Jacinta—, no habéis advertido hasta ahora mi afición por vos? ¿No sabéis que hace más de un año que os sigo, ni más ni menos que vuestra propia sombra?

—¿Un año? Pues yo juraría que hoy os veo por primera vez.

(¡ Como que dos días antes, según nosotros muy bien sabemos, estaba en Salamanca !)

Pero él no se arredra y seguía enhebrando mentira tras mentira...

—Acaso vos no me veríais—continuaba—; mas yo, por dicha mía, en cuanto de las Indias llegué lo primero que ví fué, y a Dios doy gracias de ello, vuestro rostro y vuestro talle...

—¿Sois indiano?

—Indiano soy, y las riquezas con que cuento en aquella lejana tierra mía son tantas, que bien superarían al afamado Potosí.

—¿Sabéis que tienen fama de guardadores los indianos?

—¿Sabéis que el amor hace dadivoso al más avaro? ¿Sabéis que en vuestra mano está alcanzar, si me amáis, mundos de oro? ¿Sabéis que...?

—¿Sabéis que...—dijo la dama con muy buena gracia—mi corazón no se ablanda con dádivas sino con buenas obras?

Y esto diciendo, dió un ágil brinco, hizo un mohín gracioso, y subió al coche, dejando al enamorado don García, más enamorado que nunca lo estuviera.

En tanto, como ya hemos dicho, Tristán preguntaba al cochero el nombre de las damas y por él se enteraba de que una era doña Jacinta y la otra doña Lucrecia de Luna. Por cierto que habiendo dicho Tristán, para más señas, que esta última era la más hermosa, don García dió por cierto que *la más hermosa* era la que con él había hablado y, por lo tanto, era doña Lucrecia...

Apenas las dos damas se habían alejado en su coche, cuando desembocó en las Platerías un galán por demás furibundo. Buscaba a un lado y a otro, agitado y nervioso, y, al no encontrar lo que hallar anhelaba mostrábase cada vez más desasosegado. Este galán no era otro

que don Juan de Sosa, tierno enamorado de Jacinta también.

Tan enamorado, y tan aturdido, y tan ciego, que caminaba por las Platerías como león enjaulado, sin darse cuenta del lugar en que estaba, ni ver siquiera a los amigos. Así fué cómo, de manos a boca, tropezó con don García. Y a un tiempo, pues habían sido en Salamanca compañeros de estudios, lanzaron ambos la misma exclamación de alegría y sorpresa :

—¡ Don García !

—¡ Don Juan !

—¿ Cómo no me habéis conocido antes, que así esperáis para saludarme a tropezar conmigo ?

—Perdonadme... vuestro traje, sin duda, me ha hecho deconoceros. Estáis mucho más pulido y galán que en Salamanca. Además, voy medio loco, os lo juro. Quisiera averiguar lo que hay de verdadero en los rumores que por la Corte corren acerca de cierta cena y cierta música que esta noche dió un galán a una dama junto al río... ¿ Sabéis vos algo, por ventura ? ¿ Nada habéis oído ?

—¡ Quién preguntó a don García verdades !

La verdad, ciertamente, era que él nada sabía de tal música, ni de tal cena, pues había llegado a Madrid la noche antes, y, rendido del viaje—que entonces era largo y pesado ir de Salamanca a la capital de las Españas—se había tumbado a dormir a pierna suelta.

Mas, pues, le habían preguntado, parecióle que era deber suyo contestar, y para hacerlo, no teniendo a manos datos reales, tenía que ponerlos imaginarios. Y allá fué, desbordada como un torrente, toda su inagotable fantasía.

—¿Habéis dicho música y cena, don Juan?
—preguntó a su amigo.

—Sí; cena y música he dicho, don García...

—¿Todo ello con gran fiesta y mucho boato?

—Así lo cuentan por Madrid y así lo he oído.

—¿Y la dama decís que era muy bella?

—Hermosísima... según también me han dicho. Mas... ¿qué sabéis? ¿por qué hacéis tanto misterio?

—Porque, don Juan, según las señas que me dáis, sospecho que estáis hablando de mi dama y de mi cena.

El celoso don Juan dió un brinco que por poco llega al cielo.

—¡Cómo! ¿Quien obsequió a la dama fuísteis vos?

—¿Yo fuí? ¿Os pesa?

—No, no. Pero... yo creí que acabábais de llegar de Salamanca, ¡y ya andáis en esos devaneos!

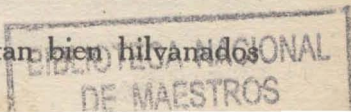
—Llegué hace más de un mes—contestó don García sin dejar de mentir—, pero hasta ayer mi presencia en la Corte permaneció en el mayor secreto. Por eso, al salir a la luz, quise solemnizarlo con esa fiesta de que habéis oído hablar.

—¿Fué lucida?

—Como no la podéis imaginar siquiera. Los olmos que dan sombra al Sotillo, ocultaban una mesa limpia y olorosa cual ninguna, aderezada al estilo italiano, y española por lo muy opulenta. Cerrando, como en plaza, el lugar en que estaba colocada la mesa, había cuatro aparadores bien cargados de plata y de cristalería primorosa. Con ramaje se hicieron seis tiendas, de las cuales, cuatro ocultaban otros tantos coros de músicas, la quinta contenía las sabrosas viandas y la sexta hasta

arriba estaba abarrotada de los postres más refinados y sabrosos. Cuando llegó mi dama salieron a recibirla, disparados, mil cohetes, bombas y fuegos artificiales que, desde todo Madrid se distinguían, y, no bien sus luces se extinguieron, encendiéronse las de veinticuatro antorchas que iluminaban aquel parage cual la luz del día. Entonces, de la primera tienda, salió el coro de chirimías y tras ellas el de las vihuelas de arco que daba aún mayor gusto el escucharlo. En la tercera tienda sonaron suavemente las flautas y, por último, en la cuarta, las voces de cuatro cantores que se acompañaban con arpas y guitarras. En tanto, se servían en la mesa treinta y dos platos de cena, sin contar los postres que eran más de otros tantos. Las frutas y las bebidas se servían en fuentes y tazas de hielo. Y fué tan dulce el cántico, tan animado el baile, tan sustanciosa la cena, tan fresca la bebida y tan sabroso el discreteo que, antes de que pudiéramos darnos cuenta del tiempo transcurrido había ya salido el sol tras de los montes. Es de creer que apresurára su carrera, envidioso, sin duda...

Todos estos embustes tan bien hilvanados



y dichos con sin igual prosopopeya, despertaron con tanto más motivo los celos de don Juan, que, suponía ser su amada la dama de aquel convite, que, en verdad, tan sólo en la imaginación de don García se había realizado. Irguióse, pues, el galancete; enfurecióse más aún de lo que ya lo estaba, y sin despedirse siquiera de su amigo, se alejó de las Platerías a buen paso.

*

* *

En tanto, el anciano don Beltrán no cejaba en su empeño de buscar a su hijo mujer de calidad, que pudiera hacerle feliz siendo su esposa. Y era su vivo anhelo, como ya dijimos, casarle antes de que su fama de embustero se extendiese en la Corte, y la gente noble diera en menospreciarle y en dudar de su palabra. Busca que te buscarás, el buen viejo no halló entre todas las damitas de la Corte ninguna que reuniera tan buenas prendas como la sobrina de don Sancho, un noble anciano, antiguo amigo suyo. Y he aquí que, por una de esas raras casualidades que alguna vez ocurren en la vida y que son cosa

corriente en las comedias, esta sobrina no era otra que la doña Jacinta a quien García conociera en las Platerías una tarde.

Fué el viejo don Beltrán a casa de su amigo don Sancho, vió a la damita y admiró no sólo su belleza sino también su gracia y su buen juicio, y ante tío y sobrina declaró su pretensión y pidió a la hermosa Jacinta que quisiera ser la esposa de su hijo. Y aún le aseguró que no había de pesarle, ya que don García era galán, caballero, discreto y mayorazgo de su casa.

El tío aceptó entusiasmado la proposición que su amigo le hacía, pero la damisela, que era por demás juiciosa—y además andaba algo enamoriscada de don Juan—objetó que no podía aceptar a don García sin conocerle, y que antes de decidirse quería verle sin que él se percatara de ello. Don Beltrán encontró esto muy razonable y quedó con Jacinta en que aquella misma tarde, pasaría con su hijo, por debajo de las ventanas de la hermosa, a caballo.

Pero ésto no era bastante para decidir a Jacinta a casarse con el hijo del amigo de su tío. Más que ver su apostura y gentileza, ne-

cesitaba convencerse de sus prendas morales, oírle hablar y saber si era, por lo menos, tan discreto, gentilhombre y galán, como don Juan y como el indiano que había conocido en las Platerías el día antes. Mas como no quería comprometerse y más bien deseaba escucharle, sin que él lo supiera, que no hablarle, discurrieron ella y su amiga Lucrecia citarle bajo el balcón de esta última en un billete que la misma Lucrecia escribiría, y que decía así :

«La fuerza de una ocasión me hace esceder del orden de mi estado. La conoceréis esta noche bajo un balcón que os enseñará el portador, con todo lo demás que no es para escrito, y que Dios nuestro Señor, os guarde muchos años etc, etc».

Cuando don García hubo recibido esta carta y el mensajero que la llevara le dijo que era doña Lucrecia de Luna quien la había puesto en sus manos, y supo por el mismo mensajero que doña Lucrecia era además de hermosa, virtuosa y discreta, que su padre, viejo y viudo, le dejaría más de dos mil ducados de renta y que su linage era de los más altos de la corte—pues al ilustre nombre de

Luna por su padre, unía por su madre, el de Mendoza—, creyó morir de alegría.

Pues ya sabemos que, por las señas del cochero, don García creía que Lucrecia era la que en la Platería le había de tal modo cautivado.

II

No fué este el único billete que recibió en aquella ocasión don García. No bien hubo salido el mensajero, portador de la carta de Lucrecia, cuando llegó a su casa un lindo page con unas líneas terminantes y breves. Decía así :

Averiguar cierta cosa
Importante, a solas quiero
Con vos : a las siete espero
En San Blas. Don Juan de Sosa.

Estos cuatro renglones tenían todas las trazas de un cartel de desafío, y nuestro trapalón caballero apenas podía comprender en que había faltado a su amigo, para que de modo tan riguroso le tratara. Pero como era

valiente y esforzado, no dudó un momento en salir al encuentro del que así le provocaba.

Mas he aquí que su padre, se obstinó en que debía salir con él a caballo aquella tarde, y en dos magníficos alazanes muy ricamente enjaezados, pasearon por todas las calles de Madrid y, sin que don García supiera punto fijo el porqué, dieron vueltas y más vueltas en una de ellas, que no era otra que aquella en que estaban las ventanas de Jacinta.

¡ No hay para qué decir la sorpresa que se llevó la hermosa al ver que el hijo de don Beltrán era el que en las Platerías se había presentado a ella como indiano ! No hay para qué decir que ante aquella mentira se puso ya en guardia para desconfiar de él, y más aún al reflexionar que no era ésta sola, pues habíale dicho también el galán que la cortejaba hacía un año, y no hacía sino un día que estaba en la Corte.

Don García entretanto no advertía que, en la altura, los dos ojos que él había comparado a dos soles le miraban, y escuchaba, con la cabeza baja, y la mirada fija en el suelo, las amonestaciones de su padre.

—Hijo ; ¿sois caballero?—decía don Beltrán.

—¿No soy hijo vuestro?—el mozo respondía.

—Es que no basta, García, ser hijo de caballero, es que

«solo consiste en obrar
como caballero, el serlo ;
¿Quien dió principio a las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores ;
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien,
está el ser malo, o ser bueno.

—¿Y acaso no obro yo bien, padre mío?
—preguntaba el mozo convencido, no recordando el grave defecto que él no tenía por tal y del que ni siquiera se acordaba.

—No obras bien, no, que aunque en tus actos reunes la hidalguía y la nobleza, tus palabras desmienten tu alta cuna : ¿crees que ignoro como en Salamanca tus mentiras y

enredos andan en lenguas de la gente? ¿no sabes que al más villano se le ofende diciéndole que miente? ¿Cómo es posible que un hijo mío se rebaje de tal modo en la mentira?

—¡Es que miente quien diga que yo miento!—contestó airado don García... mintiendo una vez más.

—No, hijo mío; no miente quien lo dice, sino tú al desmentirlo. Pero es fuerza que te corrijas, no olvidando que estás en la Corte de un Rey santo y perfecto, que has de tratarle con nobles caballeros que si te conocen el flaco te perderán justamente el respeto y, en fin, que ciñes un acero al costado, que eres grande de España y que soy yo tu padre. Y ahora, porque veas que no todo son en mí para contigo rigores, sabe que te tengo ya concertado un magno casamiento.

Oír estas palabras don García y mudársele el color, todo fué uno. Porque él estaba de verdad prendado de la que creía ser doña Lucrecia, y temblaba al pensar que quisieran unirle con otra que con ella. Y mientras él imaginaba ya el enredo que armaría para librarse del proyectado casamiento, su padre continuaba diciendo, satisfecho,

—La novia que para ti he buscado, es, hijo mío, la más noble dama, la más discreta doncella, y la más hermosa, al mismo tiempo que por la Corte se pasea. Has de saber que es nada menos que doña Jacinta Pacheco, hija de don Fernando y sobrina de don Sancho, mi ilustre y buen amigo. No puedes dar a mi vejez mayor dicha que el de dárme-la por nuera.

Pero don García tenía los ojos fijos en el suelo y lanzaba unos suspiros que partían el alma de dolor.

—¿Por qué te entristeces? ¿No te alegra la nueva?—preguntó don Beltrán.

Y ya, urdida la trama embustera, repuso don García :

—No puede alegrarme, padre mío, porque... porque no puedo obedeceros.

—¿Por qué, mal hijo?

—Porque soy casado.

—¿Cómo puede eso ser, sin yo saberlo?

—Es que... Dejadme que os lo confiese todo—empezó lentamente el mentiroso para dar lugar a que su ingenio le ayudase—Habéis de saber, señor, que en Salamanca, vive un caballero de alta alcurnia que don Pedro

de Herrera tiene por nombre y apellido. Su hija es la más bella doncella que soñarse pudiera, y si alguna falta se le pudiera poner es la de ser pobre. Mas como en esta circunstancia nada tienen que ver su virtud ni su hermosura, no bien la ví una tarde en su coche, padre mío, quedé herido de amores. Y he aquí que después de mucho penar, sin lograr correspondencia, cierta mañana penetré en su casa por decirle mi amor, y ella accedió a escucharme... Cuando en esta dulce y honesta plática me hallaba, llamó, con grandes golpes, a la puerta, su padre. La damisela que temía mucho al autor de sus días, me instó a que me escondiera dentro de un armario que en aquella estancia había. Hícelo así, y entró don Pedro de Herrera, que con voz firme, habló a su hijo del casamiento que había proyectado para ella con un hijo de la casa de Monrois, rica e ilustre. Iba mi amada a contestarle cuando ¡maldito sea el primero que inventó los relojes!, uno que yo llevaba en mi bolsillo, empezó a dar las doce. Al oírlo don Pedro interrumpió a su hija, preguntándole de donde había sacado aquel reloj y donde estaba. Contestó ella que su pri-



A la detonación cayó doña Sancha...

mo don Diego Ponce se lo había enviado por no haber relojero ni relojes en su pueblo, y al manifestar el anciano deseos de verlo dirigióse hacia el armario, donde yo estaba, la doncella, a fin de tomar mi reloj y enseñárselo antes de que él se adelantase a cogerlo y me viera. Mas ¡oh mísera suerte! al sacar el reloj de mi bolsillo sus cordones tocaron al gatillo de la pistola que conmigo llevo siempre y que se disparó haciendo un espantable ruido. A la detonación, cayó doña Sancha al suelo, desmayada, y don Pedro, su padre, creyéndola muerta empezó a dar voces que hicieron acudir a mucha gente. Yo también la creí muerta y, deseoso de acabar mi existencia al mismo tiempo que la suya, saqué el estoque que llevaba al cinto. En esto los hermanos de Sancha, imaginando que era un malhechor y que quería atacarlos, vinieron hacia mí con grande saña. Entonces mi valor natural de caballero me obligó a la defensa y opuso mi pobre estoque a la muralla de sus espadas, que no tardaron en hacerlo mil pedazos. En esto doña Sancha volvió en sí y con increíble empuje me arrastró hacia detrás llevándome a un cuarto contiguo

y cerrando la puerta tras los dos. Ante ella pusimos arca, cofres y baules en imponente barricada, pero mis enemigos feroces empezaron a dar golpes en la puerta hasta que consiguieron derribarla. Entonces, sin consultarnos, señor, porque estábais muy lejos y el asunto urgía, tuve que desarmar a mis contrarios diciéndoles que si allí me encontraba no era como malhechor, sino por el muy grande y honrado amor que sentía hacia su hermana. Les pedí su mano de esposa, me la dieron, concertamos la boda y aquella misma noche nos unió el obispo en matrimonio. Ahora que todo lo sabéis, señor, decidme si podía obrar de otro modo que como lo hice, y si preferiríais verme muerto a tenerme vivo y casado con mujer noble aunque pobre.

Como es de suponer, ni doña Sancha, ni sus hermanos, ni don Pedro, su padre, ni toda esta sarracina del reloj, la pistola, la barricada y el casamiento habían existido nunca más que en la mente del embustero don García, siendo todo ello una interminable sarta de mentiras que el muy trapalón había ido enhebrando según le acudían a la mente y en las que, más que enredar a su padre, él se

enredaba. Pues el buen anciano, que, a pesar de conocer las mañas de su hijo le había creído a pies juntillas, le contestó bondadoso, aunque apenado :

—En verdad, hijo mío, no pudiste obrar, dignamente, de otro modo. Y siendo ella tan noble como dices, ¿qué importa que sea pobre? Lo más de lamentar en este caso es que me ocultaras lo ocurrido, dejándome empeñar mi palabra a Jacinta y a su tío. Esta misma noche iré a decirles lo que ocurre y a pedirles mil perdones. Y después, haremos tu casamiento público.

No hay para qué decir la sorpresa que Jacinta tuvo al saber aquella última noticia. ¿De modo que el galán de las Platerías ni era indiano, ni la rondaba hacía un año, ni era libre? Al comprobar tanta y tanta mentira su corazón se volvía hacia don Juan que fué siempre leal. Pero no por eso dejaba de interesarle lo que el trapalón hijo de don Beltrán fuera a decir aquella noche bajo el florido balcón de Lucrecia de Luna y de Mendoza.

*

* *

Después de soltar ante su padre toda la sarta de embusteros disparates relatada, don García se dirigió con paso firme adonde su antiguo amigo, y hoy enemigo, don Juan de Sosa, le aguardaba. Estaba el primer galán de la bella Jacinta, más que nunca airado; con gesto retador aguardaba a su rival dando furibundos paseos y movía la espada en mil tajos y mandobles como si mil enemigos invisibles le atacaran. Al verle de tal guisa don García creyó deber mostrarse también fiero y pisó fuerte y adoptó ademán por demás arrogante; sacó la espada y antes de medirla con su contrario, como tenía noble y justiciero el corazón, le preguntó:

—¿Queréis decirme, don Juan, pues véis que, cual corresponde a mi cuna y a mis hechos no rehuyo el desafío, cuál es la causa que a él nos trae, después de haber sido siempre excelentes amigos?

—¿La causa del desafío? ¿no la sabéis acaso? ¿No sabéis que la dama con quien cenásteis anoche en el río es la dueña de mis pensamientos, con quien hace dos años que debí casarme, y cuyo cariño me habéis roba-

do vos? ¿No sabéis que siendo esto como os digo, uno de los dos sobra en el mundo?

Al ver la furia y el dolor de don Juan, don García se arrepintió de aquella mentira que él había creído inocente y que así le ponía enfrente, como a enemigo, al amigo que en el mundo más amaba.

—¿Cómo se llama vuestra dama?—preguntó queriendo deshacer el efecto de la primera mentira con otra mayor, si era preciso.

—Doña Jacinta—dijo don Juan suspirando, más que pronunciando el bello nombre.

—Pues la mía atiende por Lucrecia—le contestó don García diciendo lo que él imaginaba no ser más que la mitad de la mentira.

Y en esto llegó un amigo de ambos, y les obligó a guardar los aceros, lo que, aparte la negra honrilla, no costó a ninguno de los dos gran trabajo: a don García porque nunca había querido mal a don Juan, y a don Juan porque con saber que la dama de su amigo no era la que él quería, toda la furia y todo el rencor se le habían disipado.

Mucho más cuando al alejarse el trapalón caballero, le dijo don Félix—que así se llamaba el amigo que los había separado—cómo

ya se corría por Madrid que nunca tal cena ni tales músicas existieran fuera de la imaginación de don García, y cómo éste había pasado aquella noche entera, después de llegar de Salamanca, durmiendo a pierna suelta.

*

* *

cap

Y así se iba corriendo por la corte la fama de embustero del hijo de don Beltrán, y ya bastaba que él abriera la boca para decir una palabra, por verdadera que ésta fuese, para que la gente, antes de oirla, la creyese mentira. Por ello cuando aquella noche, gentil y apuesto como nunca, vestido con su ropilla más galana y llevando colgada del cinto la más brillante espada, dirigió sus pasos hacia el balcón donde Jacinta bajo el nombre de Lucrecia le había citado, las dos damitas le aguardaban dispuestas a no creer ni una sola palabra de cuantas pronunciase. La noche era obscura, como boca de lobo. El farol de la calle estaba por completo apagado. Lucrecia y Jacinta, muy juntas y envueltas en sus mantos apenas se podían distinguir una de otra.

Llegó el caballero bajo el balcón, y habló así :

—¿Es Lucrecia?

—¿Es don García?—contestó Jacinta desde arriba.

—Yo soy, señora, quien no vive desde que os vió en la Platería, quien tiene el alma abrasada de amor, quien sólo desea ser el esclavo de Lucrecia.

Al oír las dos damitas que era a Lucrecia a quien amaba el galán, apenas si podían contener su indignación, y cuchicheaban entre sí llamándole enrededor, tornadizo y embustero. El, por su parte, como era de Lucrecia de quen había el billete recibido, y ahora escuchaba la voz de la que amaba no podía dudar que la que amaba fuera, por lo tanto, Lucrecia.

—Espero, señora, vuestras órdenes—dijo sumiso viendo que ellas nada le decían.

Y doña Jacinta contestó :

—Las órdenes que quería daros, no puedo dároslas ya desde que supe lo que sé, don García. Quería tratar con vos de un casamiento importante pero ahora ya no puede ser porque...

—¿Por qué?

—Porque sois casado.

—¡Casado yo!—exclamó don García, sorprendido, sin acordarse ya de su embuste de por la tarde, y sin imaginar, ni muy remotamente, que la dama que le hablaba fuese aquella Jacinta cuyo compromiso había ido a romper su padre—. ¿Quién ha podido contaros tal embuste?

—¿Os atreveríais a jurar lo contrario?

—Me atrevería, ¡pues no faltaba más!

—¿Y lo probaríais?

—Y lo probaría, ¡ya lo creo!

—¿Cómo?

—Casándome con vos. Me parece que no puede otorgarse mayor prueba.

—Es que, según vuestra fama va corriendo, dicen que seríais capaz de casaros con trescientas damas en una hora.

—¿Tan poco, señora, me creéis?

—Tan poco como merece ser creído el que dijo ser indiano habiendo nacido aquí, en la Corte; el que aseguró cortejarme desde hace más de un año, habiendo llegado aquí la víspera, el que relató la magna fiesta con que obsequió a una dama, de noche y junto al río

cuando a aquella hora estaba en la cama, durmiendo a pierna suelta, el que esta tarde, en fin, confesó, contrito, estar casado en Salamanca, y ahora de ello se desdice.

Y he aquí que don García al ver todos sus enredos descubiertos y al comprender que ellos iban a ser causa de que le desdeñara la damita de quien cada vez estaba más prendado, decidió desde aquel momento no decir más que verdades.

—Os concedo, señora—dijo—, que tenéis mil razones para echarme en cara tanta y tanta mentira, mas concededme vos que todas ellas tienen harta disculpa: las primeras por ser de poca monta y la última porque nadie sino vos tiene de ella la culpa.

Y aquí don García, sin decir una sola palabra que no fuera una verdad del tamaño de un templo, contó a la dama del balcón el intento de su padre de casarle con una doña Jacinta, rica, discreta y bella, pero a quien él no amaba, y punto por punto le refirió la conversación que habían tenido cuando a caballo iban y como él, por librarse de aquel odiado casamiento, pues a nadie más que a ella quería, había fingido ser casado. Ni una sola men-

tira dijo el galán, y sin embargo... ni una sola palabra quisieron creerle las damas, tanto y tanto se habían acostumbrado a que nunca dijera la verdad. Esto, no obstante, doña Lucrecia empezó a sentirse orgullosa de que tanto y tanto dijera que Lucrecia era la por él amada, y doña Jacinta, no pudo evitar cierto despecho al oírle mil veces repetir que por nada del mundo quisiera casarse con Jacinta.

—¿No decís que es hermosa esa Jacinta?— preguntaba impaciente.

—Si hemos de creer lo que todos dicen es hermosa como el día.

—¿Es acaso tonta, o tiene mala fama?

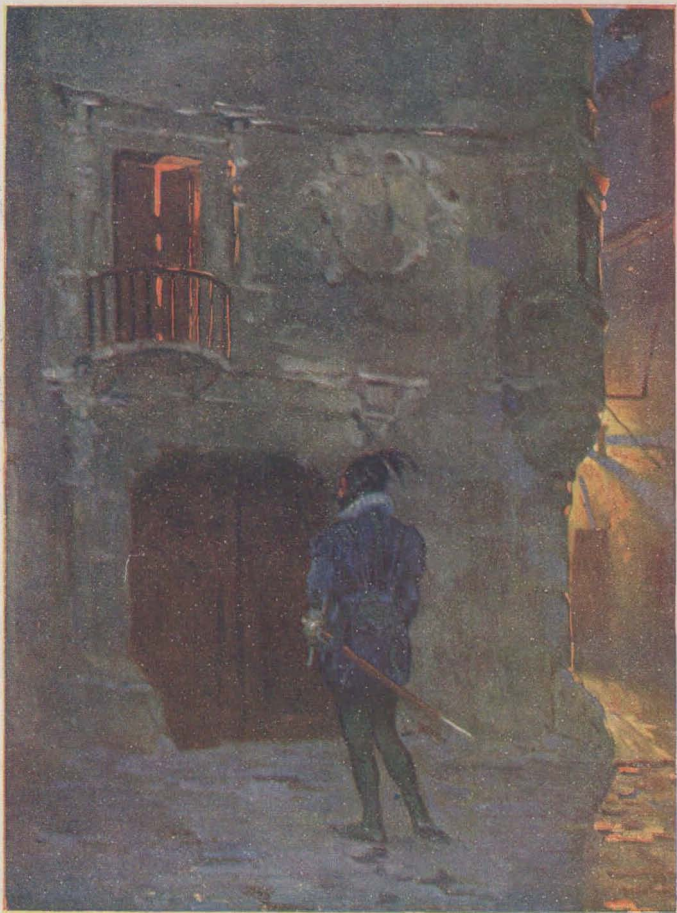
—Es virtuosa, rica y discreta.

—Pues ¿qué falta tiene?

—La de no tener mi amor.

—¡Y yo que os quería casar con ella!— repetía afligida la damita, que era la mismísima doña Jacinta, como ya sabemos.

—Sería completamente inútil—decía él—; porque mi padre quiso proponérmelo fingí ser casado; pedidme, pues, señora, cualquier cosa que no sea esto. Porque habéis de saber que odio, aborrezco y detesto, cuanto no seáis vos, Lucrecia.



...cerró el balcón de golpe y dejó al galán...

—¿Pues cómo dijísteis hoy mismo a Jacinta que la amábais? ¿Os falta la memoria u os falta la vergüenza?

—¿A Jacinta?—protestaba el trapalón creyendo decir la mayor verdad de su existencia—. ¡Pero si no la he visto en mi vida!

—¿Cómo que no?—repetía Jacinta, ya realmente indignada—. ¡Habrás visto otro más desvergonzado en el mentir! ¿Cómo podéis negar lo que he visto yo misma con mis ojos? Alejáos ya de aquí grandísimo embustero, y que yo no os vuelva a ver jamás.

Y esto diciendo, cerró el balcón de golpe y dejó al galán, como suele decirse, con tres palmos de narices. Que así es sospechosa la verdad en labios mentirosos.

III

Resultó de todo esto que a don García se le hizo la vida casi, casi imposible, pues eran tantos los embrollos en que se había metido que ya no sabía cómo salir de ellos. De una parte su padre le apremiaba para que llevara a su esposa a vivir con él en la Corte, pues no

era justo que teniendo que habitar él ya para siempre en Madrid, permaneciera ella indefinidamente en Salamanca; le dictaba cartas para su suegro, y le rogaba que presentara sus respetos a sus parientes y cuñados. Y se quería informar de los nombres y condición de todos, y de tal modo se obstinaba en conocer hasta el más ínfimo detalle acerca de la imaginaria familia de la no menos imaginaria esposa de García, que éste se veía con frecuencia en aprietos gravísimos, pues no pudiendo retener en la memoria tanta y tanta patraña, decía mil disparates e incurría en mil contradicciones.

De otra parte, como no cesaba de pasear arriba y abajo, de día y de noche, por la calle de Lucrecia; como a todas horas le enviaba apasionados billetitos, llenos de dulces frases y a nombre de «Lucrecia» dirigidos; como sobornaba a cada paso a Camino, de Lucrecia criado, y le daba buenas monedas de oro porque le dijera lo que su ama hacía y lo que su ama pensaba, la verdadera Lucrecia empezó a creer que, en efecto, el embustero, hijo de don Beltrán, estaba perdidamente enamorado de ella. Y así se lo dijo a Jacinta, quien,

aunque ya volvía los ojos y la voluntad hacia don Juan, su primer enamorado, porfiaba con su amiga que ella era quien, desde el día que en las Platerías la viera, había sorbido el seso a don García.

Claro que Jacinta alegaba en su favor el haberla hablado don García a ella antes que a la otra, el haberlas visto él juntas y haber mirado a Jacinta sin reparar tan siquiera en Lucrecia, el haber escuchado sus amorosas frases y aún contestado a ellas. Pero, a todas estas razones cuya verdad no negaba, oponía Lucrecia el último billetito de don García por ella recibido y dirigido a su nombre. El texto de tal billetito no podía ser más terminante. Decía así:

«Ya que mal crédito cobras
de mis palabras sentidas,
dime si serán creídas,
pues nunca mienten, las obras.
Que si consiste el creerme,
señora, en ser tu marido,
y ha de dar el sér creído
materia al favorecerme,
por éste, Lucrecia mía

que de mi mano te doy
firmado, digo que soy
ya tu esposo : *don García.*»

Pero de todos modos, el antes embustero y ahora verdadero y no creído don García, no lograba que su dama le contestase favorablemente. Sin duda la detenía la sospecha de que, en realidad, fuese casado, y por ello urgía probarle que no era así, sino que esto que él había dicho a su padre, era realmente la mentira. Mentira nada difícil de comprobar, después de todo, pues Salamanca no estaba tan lejos ni era tan gran ciudad que no pudiera averiguarse, en cualquier momento, la verdad.

Que fué lo que hizo el noble don Beltrán, padre de don García, cansado de las dilaciones y enredos de su hijo, y cada vez más deseoso de conocer a doña Sancha, su nuera, y a don Pedro de Herrera, su consuegro, y de gozar de completa dicha familiar en su ya apetecida compañía. Cuando los propios que a Salamanca enviara el noble anciano volvieron con la noticia de que nunca don García se había allí desposado, cuando por el mismísimo

don Juan de Sosa, caballero hidalgo de veracidad reconocida, íntimo amigo de García y estudiante durante largos años en Salamanca, supo don Beltrán que jamás en aquella ciudad existiera un don Pedro de Herrera ni una doña Sancha, hija suya, cogía el cielo con las manos.

—¿Cómo podía yo pensar—decía al trapalón de su hijo—que ni aún yo me librara de tu fea costumbre? ¿Quién iba a decirme que te burlarías de mis canas con tus viles mentiras en el preciso momento en que por ellas estaba reprendiéndote? Díme, mal hijo: ¿qué gusto sacas de mentir sin recato? ¿Con qué intento fingiste ese matrimonio en Salamanca, que también a mí me hará pasar por embustero? ¿Cómo me atreveré ahora a levantar los ojos ante aquellos a quienes dije que estabas desposado con doña Sancha de Herrera, personaje que no ha existido nunca más que en tus labios embusteros? Y si quiero yo disculparme de haber sido tu cómplice: ¿no tendré que descubrir que eres tú quien miente hasta a su padre? ¿Qué necesidad tenías de ello, si alguna cuita amorosa te afli-

gía? ¿No sabes que yo sé disculparlas porque también fuí mozo?

Don García, que había escuchado esta filípica, con la cabeza baja y actitud más que humilde, al oír estas últimas palabras de su padre, levantó la cabeza como si hubiera visto el cielo abierto.

—Entonces, padre mío—dijo con acento verdadero el galán—, si es cierto que, como decís, fuísteis joven y sabéis por ello disculpar los errores juveniles, disculpad éste mío, que será el último, os lo juro. Ya que de todo estáis enterado, ya que sabéis tan bien como yo sé que ni soy casado, ni doña Sancha de Herrera existió nunca, dejadme que os diga, en toda verdad, la causa de este mi último embuste. Si dije que era casado en Salamanca fué sólo porque no me obligárais a casarme en Madrid con doña Jacinta, a quien yo no quería. Y si me opuse a vuestra voluntad fué por haber ya dado toda la mía a una hermosísima dama de la Corte, a doña Lucrecia, hija de don Juan de Luna y heredera de su casa, que para hacerme dichoso concediéndome su mano, sólo aguarda que vos lo consintáis y corráis a dar fé de que la fama que, en

un principio tuve, de ser casado, es por completo falsa.

Resistióse don Beltrán a dar este paso, temiendo que de nuevo le engañara su hijo, pues cada vez le parecía más sospechosa la verdad en sus labios, y aún se sentía inclinado a creer que le engañaba al decirle que antes le había engañado... Pero era padre al fin, y después de amonestar otra vez al embustero largamente, le prometió solemnemente ir a hablar aquella misma noche con don Juan de Luna, padre de la hermosa Lucrecia.

*

* *

En una hermosa sala con vistas a un jardín, se hallaban dos ancianos departiendo muy amigablemente. Eran don Juan de Luna, padre de Lucrecia, y don Sancho, tío de Jacinta, pues si las damitas eran buenas amigas no eran menos excelentes amigos sus tutores naturales. En aquella velada, un poco fresca, habían decidido los viejos y las jóvenes no salir de casa, y mientras los primeros platicaban, matando el tiempo, de cosas de su épo-

ca, las segundas paseaban por el jardín, riendo y jugando alegremente.

Y he aquí que en esto un criado anuncia a don Juan de Sosa, que deseaba hablar con don Sancho al momento. La hora era algo intempestiva, y, ello no obstante, los ancianos dieron orden de que entrara en seguida el galán caballero.

Y entró don Juan de Sosa, gentil y como nunca engalanado y dobló la rodilla ante don Sancho.

—Señor—le dijo—; vos sabéis que hace más de dos años que sufro de amor por vuestra sobrina, doña Jacinta, espejo de hermosura y de virtudes. Lo que no sabéis, tal vez, aun que ella sí lo sabe, es que si jamás os hablé de este amor, ni me acerqué a vos para pedirlos a mi dueña por esposa, fué porque, desde entonces, vengo aguardando unas credenciales que mi señor, el Rey, había de otorgarme. Mucho se han hecho esperar, que mucho cuesta lo que mucho vale, pero, al fin, hé aquí que las tengo en mi mano señor, y con ellas, si vos no me la negáis, la dicha mía. Un mensagero acaba de traérmelas y aunque la hora es algo intempestiva

no he querido demorar un instante esta visita. Señor don Sancho, tengo el honor de pedirlos la mano de Jacinta vuestra bella sobrina.

No se admiró mucho del caso el buen don Sancho, que Jacinta era doncella recatada y no había ocultado nunca a su tutor sus sentimientos, ni por lo tanto el amor que a don Juan, siempre inspirara. Y como, gracias a las credenciales que el rey acababa de otorgarle, quedaba don Juan de Sosa convertido en uno de los más altos caballeros de la Corte, además de ser galán gentil y contar con las mejores prendas con que puede un hidalgo engalanarse, don Sancho le otorgó de muy buen grado la mano de Jacinta, su sobrina, a la que fueron a buscar al jardín, para que viera a su prometido, y conociera la buena nueva, dos criados.

Y aun no había tenido tiempo de pasar el umbral de la sala en que los dos ancianos platicando estaban, cuando se presentaron en ella, con aire apresurado también, dos embozados. Eran don Beltrán y su hijo don García que deseaban hablar con don Juan de Luna al instante. Les seguía Tristán a prudente distancia.

Cuando, después de saludarse cortésmente los cinco caballeros, supo don García que don Juan de Sosa acababa de pedir allí mismo la mano de aquella Jacinta a quien él tanto desdénara, no pudo reprimir su alegría y abrazó y felicitó con mil extremos a su amigo. Y halló, a un tiempo, ocasión para pedir a don Beltrán, su padre, que manifestara a don Juan de Luna la pretensión que hasta allí, a tales horas, le llevara.

Habló largamente el bueno de don Beltrán para disculpar a su hijo de sus pasadas mentiras y trapisondas, desmintió que fuera casado en Salamanca ni en lugar ninguno de la tierra, y, después de mil rodeos y preámbulos, pidió para su hijo la mano de Lucrecia, la bella.

No se mostró don Juan de Luna menos satisfecho que su amigo don Sancho, ante la petición que se le hacía. Porque don García, aparte el defectillo que le conocemos, era de los mejores caballeros que por Madrid se paseaban, y don Beltrán, su padre, como ya dijimos al principio, era de la más elevada alcurnia, tenía gran privanza con el rey, y disfrutaba de cuantiosa renta. La doble boda,

pues, causaba a todos la más honda alegría y en vista de que las damiselas se retrasaban un poco—sin duda ¡las muy presumidas! aderezándose para más agradar a sus galanes—salieron otra vez los criados a buscarlas.

Al entrar en el salón muy peripuestas con sus mejores galas, no podía decirse cual de las dos era la más bella. Rubia una, otra morena; vestida una de azul, otra de rosa, compararlas con dos estrellas sería otorgarles menos brillo del que las realzaba. Viendo allí a sus galanes, en amigable plática con sus tutores, y al observar los rostros de todos tan radiantes, de sobras comprendieron las damitas que tocaban a boda. Y el corazón les repiqueteó a gloria dentro del pecho.

Mas he aquí que los dos galanes, don Juan y don García, se dirigieron sin vacilar y a un tiempo hacia Jacinta. Sorprendido, y otra vez un tantico celoso don Juan, detuvo a su amigo, diciéndole:

—¿Dónde vais, don García? ¿No veis allí a la hermosa Lucrecia, vuestra novia?

—¿Cómo Lucrecia? — exclamó el otro—
Lucrecia es la dama del vestido azul.

—No ; que ésta es Jacinta—replicaba don Juan— Lucrecia es la del vestido rosa.

—Pues yo a la que amo es a ésta—repetía don García lanzando hacia Jacinta su más tierna mirada .

—No ; que ésta es la que don Sancho acaba de concederme por esposa—contestaba don Juan.

Y los dos ancianos tutores, y don Beltrán, sobre todo, que imaginaba ser todo aquello un nuevo infundio de su hijo, se llevaban las manos a la cabeza y pedían a gritos que les desenredaran pronto y de una vez aquel galimatías.

Don García dijo al fin :

—Yo no sé si erré el nombre ni puedo ya distinguir si la que amo es Lucrecia o Jacinta, pero la persona no pude errarla y sé, señora mía, que vos sois la que adora mi alma y aquella a quien acabo de pedir por esposa.

Y al decir esto se preparaba a doblar la rodilla ante Jacinta.

Pero Lucrecia no le dejó. Sacando un papel que en el corpiño escondido llevaba y que no era otro que la carta que don García le dirigiera últimamente, exclamó indignada :

—¿Cómo podéis así desmentir lo que en este papel, de vuestra propia letra, me jurábais, trapalón, embustero, engañoso?

Y leyó la carta desde la cruz hasta la fecha.

(Y mientras así se desahogaba contra el desdichado don García, Jacinta daba la mano a don Juan y don Sancho les bendecía, enternecido.)

—¿Aun te parece, mal hijo y mal caballero que no me has puesto en afrenta bastante? Pues te juro que si no recibes por esposa a Lucrecia, te he de quitar la vida...

—Y yo—interrumpió el anciano don Juan de Luna, grandemente irritado—que acabo de concederos la mano de Lucrecia, lavaré mi deshonor con vuestra sangre, amador inconstante y desleal...

Y dicen que don García al ver tan mal paradas las cosas lanzó una furtiva mirada a doña Lucrecia y la halló tan hermosa que no le pesó que fuese la Lucrecia verdadera.

Y allí mismo quedaron prometidos — al igual que Jacinta y don Juan—para su boda próxima. Fué éste el castigo del galán embustero que se enredó en sus propios enredos teniendo que casarse con la que no amaba.

Aunque, según después nos han contado, no fué tal castigo, sino más bien premio a sus otras cualidades, ya que Lucrecia era tan buena, tan bella y virtuosa, y, juntos vivieron tan felices, que no tuvo que echar de menos a Jacinta.

Lo que nadie nos ha contado, pero damos, desde luego, por cierto, es que, porque la verdad no fuera sospechosa en sus labios, no volvió a mancharlos con mentira.

EL TEJEDOR DE SEGOVIA

PRIMERA PARTE

El rey Alfonso iba de caza. Iba de caza el rey Alfonso con todo su acompañamiento de señores y monteros que, ni un momento se separaban de él ni de noche ni de día, ni en la Corte ni en el campo, ni en el monte ni el valle... Y aquel día, obcecados persiguiendo a la fiera que huía y volvía a aparecer entre jarales como mitad en burla, mitad en desafío, no sólo se apartaron todos del monarca sino que le dejaron que se adelantara solo al galopar de su caballo.

A galope tendido llegó el rey Alfonso a una espesura y, sin que hubiese podido advertir presencia de hombre en aquel lugar, sintió súbitamente que una mano poderosa detenía a su caballo por la brida. Antes de que tuviera tiempo de defenderse, la hoja de

un puñal acerado brilló al beso del sol y fué a posarse en su pecho.

Pero los monteros y los nobles, alarmados ya por la ausencia del rey y por el loco galope del caballo que montaba, habían dejado de perseguir la caza, y llegaban a donde los dos asesinos trataban de cumplir su vil intento. Al ver al grupo de hombres armados que se acercaba, los asesinos echaron a correr a pies para que os quiero. Y el rey, herido solamente, quedó rodeado de sus fieles caballeros.

Mas sucedió que uno de los más nobles hidalgos de Castilla, el alcaide Beltrán Ramírez, quiso perseguir a los traidores, por ver quienes eran y hacer en ellos ejemplar castigo. Lanzó su caballo a galope tendido, se intrincó por en medio de la maleza y al fin les perdió de vista, pues le llevaban notable delantera.

Mas en el momento en que iba a volver grupas, desesperando ya de alcanzar a los que con tanta saña perseguía, vió brillar en el suelo un objeto. Detuvo su caballo, se bajó y vió que era un puñal, sin duda el que los asesinos quisieron emplear para matar al rey.

A su lado yacían unas cartas que los infames dejaron caer también en su carrera. Beltrán Ramírez recogió uno y otras por ver si podía así descubrir a los traidores.

El puñal era árabe, del estilo más puro, lo que indicaba que los que pretendieron asesinar al rey eran moros a pesar de ir vestidos a la usanza cristiana. De las dos cartas, una, la primera que don Beltrán leyó, llevaba un sobre en el que se leía lo que sigue :

«Al marqués Suero Peláez, y en su ausencia, al conde don Julián su hijo y amigo nuestro.»

Al ver en tal lugar escritos aquellos dos nombres, que eran de los más ilustres de la Corte, el alcaide Ramírez sintió la más viva y dolorosa sorpresa. Sin tiempo de reponerse miró la firma del pliego y vió que decía «Ayataf, rey de Toledo».

Entonces comprendió toda la intriga, pues sabía que el rey Ayataf era el enemigo más cruel que tenía el rey Alfonso, y, no podía dudar de que los que habían intentado matar al rey, eran sus emisarios. Pero aún así, y aún leyendo con toda claridad los nombres del marqués y del conde allí grabados, no

podía dar crédito a sus ojos y no se atrevía a pensar que los dos nobles estuvieran en tratos con el moro para matar al rey cristiano.

Y he aquí que, cuando estaba en estas dudas, aparece el marqués en la espesura.

—¿Qué hacéis aquí solo y quieto, señor alcaide—dijo—cuando todos se apresuran a socorrer al rey o a castigar a los culpables?

—Leo estos pliegos, señor marqués, y por cierto que como van dirigidos a vos y yo no puedo comprenderlos, bueno será que me los descifréis vos mismo. Están firmados por 'Ayataf, rey de Toledo y los dejaron caer, con este acerado puñal, los dos traidores cuando huían.

Oyendo estas sencillas palabras el marqués se tornó pálido como un muerto, al ver sus traiciones descubiertas, y protestó airado :

—Esas, Alcaide, son patrañas de mis enemigos para quitarme mi privanza con el rey ¿quién puede decir que tenga yo tratos con el moro? ¡y en contra de mi rey! ¡Ah, viles, infames, envidiosos! Id, Alcaide, llevad estos papeles y este puñal al rey y que se averigüe, a quien, en verdad y justicia pertenecen.

Pero mientras de nuevo le alargaba los plie-

gos, se quedaba con los sobres, que eran lo único que, en realidad, le comprometía. Y el Alcaide, que era hombre de noble proceder y de nobles sentimientos, apenas se atrevía a creer en la traición del alto personaje, que era como él mismo acababa de decir, privado del monarca. Dijo, pues, al marqués unas palabras de disculpa prometiéndole silencio mientras tanto que no se esclareciera del todo aquel suceso, y se alejó en busca de la comitiva real donde ya debía haberse notado su ausencia.

En tanto el marqués, haciendo una especie de bola con los sobres se los tragó apresuradamente porque nadie pudiese ya jamás encontrarlos.

Y en esto ya venía hacia la espesura el grupo formado por los nobles, el rey y los monteros. Con animadas voces comentaban el suceso y su desenlace feliz para el monarca que ni siquiera se había visto precisado a hacer justicia. En aquel mismo momento llegaban mensajeros del poblado anunciando que las gentes habían despedazado a los dos traidores sin que los soldados del rey pudieran remediarlo. En aquella ocasión, entre los tor-

mentos bárbaros y atroces que les daba el populacho, los asesinos confesaron ser moros, y enviados de Ayataf rey de Toledo. Confesaron también, aunque sin decir el nombre, pues les cerraba ya los labios la muerte, que les ayudaba en su intento un alto personaje de la Corte de Castilla. Por eso reinaba tan grande indignación entre los cortesanos, que siendo todos fieles a su rey hubieran querido hallar al instante al culpable por verse ellos libres de sospecha y de culpa.

Todo esto fué lo que escuchó el marqués al acercarse el cortejo del rey a la espesura. Entonces creyó llegado el momento oportuno y, adelantándose hacia el monarca dobló ante él la rodilla.

—Señor—dijo—, porque no sean culpados los que no tienen culpa es bien que se conozca al único culpable.

—¿Sabes tú quién es?—preguntó el rey.

—Apenas se atreven mis labios a pronunciar su nombre, tan alto está y tanto de tus favores goza, mas en el pecho del alcaide Beltrán Ramírez hallaréis cuantas pruebas son precisas,

—¡Dices que Beltrán Ramírez es traidor! ¿puedes probarlo?

—Digo, Señor, que en su pecho está la prueba.

Entonces todas las miradas se volvieron hacia el alcaide, y el noble anciano no pudo por menos de tornarse pálido al ver como el infame marqués le culpaba por librarse él de culpa. Los monteros del rey pusieron sus manos sobre Beltrán, y, desabrochándole, sin que él opusiera ninguna resistencia, le encontraron el puñal moro en el cinto y en el pecho las dos cartas, sin sobres.

—He aquí las cartas, Señor—dijo Beltrán, ya sin inmutarse—, pero ved que les faltan los sobrescritos; acaso el marqués sepa algo de ellos.

—Nada sé, vil traidor—dijo el marqués fingiéndose indignado por aquella acusación—sino que van dirigidas a vos y a vuestro hijo Fernando. ¿No sois padre y tenéis hijo?

—También lo sois vos, y bien pudieran ser vuestras y de vuestro hijo el conde.

—¡Qué calumnia! ¿No están en vuestro pecho?

Pero el rey impuso silencio e hizo que las

dos cartas se leyeran en voz alta. Una de ellas decía así :

«Amigo y deudo nuestro a quien el gran profeta engrandezca. Ahí os envió dos alcaides elegidos en mi reino, para la ejecución de lo dicho ; ellos cumplirán lo que deseamos, pues jamás conocieron el temor ; y muerto ese tirano, conseguiré, ayudado de vuestro brazo, el imperio de Castilla, pues es nuestro poder el de Alaquivir. El os guarde. Toledo, segundo de la luna de marzo».

Y la otra, que el mismo rey leyó, decía :

«Alá, hijo de tan grande padre, te levante al lugar que desees. Los alcaides van con ésta, el ejército está prevenido y Mahoma te asegura esa monarquía. Toledo, en el semilunio de marzo.

»AYATAF, REY DE TOLEDO.»

Al leer estas cartas en que tan patente la horrible traición se demostraba, y al pensar que Beltrán Ramírez las llevaba en el pecho, lo que claramente demostraba ser él el infame traidor, la indignación del rey no reconoció límites. Se desató en improperios contra el inocente y noble viejo y ordenó a sus monteros que le encerraran en la más alta

torre de palacio, que le fueran confiscados sus bienes, y que hasta tanto que su hijo don Fernando volvía de la guerra se guardara también en la prisión a su hija y a todos sus criados.

Del cumplimiento de estas bárbaras órdenes se encargó el conde, hijo del marqués, y más cruel y alevoso aún que su padre. Así, no le conmovieron las lágrimas del viejo don Beltrán al entrar en la torre, ni el temblor de la mano del rey al firmar la injusta sentencia de muerte de aquel desdichado... Sólo estuvo a punto de conmoverse, según dicen, al ir a prender a la hermosa Ana, hija del alcaide, quien, en la indignación de ver rotas las cancelas de su casa y ésta invadida por corchetes y soldados, de oír que, con sus dueñas y doncellas la intimidaban a que se diera presa y saber que su padre había sido encarcelado y acusado de traidor, mostrábase fieramente indignada y con ello mucho más hermosa.

Se encerró, pues, a la doncella y al anciano, se les confiscaron sus bienes que eran muchos, y el conde y el marqués quedaron encargados de registrar su casa por ver si se

hallaba alguna otra prueba de su culpa. Esta no se hizo aguardar, pues como ellos tenían todas las cartas de Ayataf, rey de Toledo, en que, según antes habían acordado, no se les nombraba para nada, dijeron haberlas encontrado en las gavetas del inocente alcaide y con ellas acabaron de dar prueba de su traición.

Aquella misma tarde fué degollado, por orden del Rey, el alcaide don Beltrán.

Y he aquí que cuando amaneció, se escuchó a la entrada de la ciudad gran tropel de gente y sonido alegre de trompas y clarines. Era Fernando Ramírez, que llegaba triunfante de la guerra del moro, después de haber vencido en cien batallas y haber cumplido mil raras proezas. Las gentes le abrían paso, admirando su mucha gallardía y apostura, y el altivo brillar de su mirada. Venía el héroe por demás gozoso porque había cumplido su deber, porque había cubierto de gloria las banderas de Castilla y porque iba a dejar buena parte de esta gloria a los pies de su patria, de su rey, y de su amadísimo padre, don Beltrán.

Los vítores y palmas que le acompañaron

desde su entrada en la ciudad, por plazas y por calles, cesaron al entrar en palacio. Reinaba aquí un silencio de muerte y, aun en el momento en que Fernando, doblando la rodilla, relataba ante el monarca sus proezas, y deponía ante él las banderas de Cáceres, Trujillo, Alcántara, Corin y Calisteo, por él arrebatadas al moro, nadie osó darle plácomes ni estrecharle la mano.

En silencio y a una seña del rey le condujeron dos corchetes ante una maciza puerta de hierro.

—Abrela, y mírate en ese claro espejo—dijo el monarca.

Y se marcharon todos, dejándole solo con Garcerán, el fiel amigo compañero de armas, y con Bermudo, su buen escudero.

Sorprendido de aquella extraña acogida, cuando la aguardaba gloriosa, triunfal, Fernando tardó un instante en cumplir la orden del rey.

Cuando al fin se decidió a ejecutarla abriendo la pesada puerta de hierro, vió, tras ella, el cadáver de su anciano padre, degollado.

II

No hay para qué decir que la saña del infame marqués y del conde no respetaron al hijo como no habían tenido compasión del padre. Era tal su temor de que su traición pudiera descubrirse que no querían dejar el menor rastro de la familia del alcaide, poniendo al mismo tiempo todo su empeño en que estos falsos traidores quedaran castigados por librarse ellos—los traidores verdaderos. Así, con gran tropa de hombres armados en que iban muchos guerreros y otros que no lo eran, el Conde persiguió al noble Fernando, que por hallarse sólo con Bermudo, su escudero, y Garcerán su amigo, contra tanta gente, tuvo que huir de sus verdugos, no parando hasta hallarse parapetado en una torre altísima.

Y allí empezó la verdadera lucha. Porque los de abajo no perdonaban medio de acabar con el de arriba y sus acompañantes. Con escalas larguísimas intentaban escalar la elevada torre, con picos y con palas pretendían derribarla. Pero no les era dado lograr una

cosa ni otra porque los tres hombres que arriba estaban, se defendían arrojándoles cuantos proyectiles encontraban a mano, siendo su mejor arma los ladrillos mismos que formaban la torre y que ellos arrancaban para tirarlos a sus perseguidores que no podían así ni acercarse a la torre para lograr su intento.

Pasaron así tres días con tres noches, durante los cuales ni Fernando ni los suyos, sitiados como estaban en aquella altura, sin poderse mover ni recibir refuerzos, no probaron bocado. El hambre les aguijoneaba cada vez más, y los hombres del conde y del marqués apenas podían comprender como, no sólo se tenían de pie, sino que aún sacaban fuerzas para seguir arrojándoles ladrillo tras ladrillo, con los que amenazaban no dejar a uno de los de abajo con cabeza. Aquellos tres hombres: ¿eran acaso de hierro?

Cansados del largo sitio los hombres del Conde y del Marqués, deliberaron. No era cosa de pasarse la vida ante la torre, sin comer ni beber como los que estaban dentro de ella, y éstos no llevaban trazas de morir ni de rendirse. Se hacía, pues, absolutamente

indispensable acabar de una vez con los rebeldes.

Primero pensaron en prender fuego a la torre, pero luego les pareció más prudente retirarse y, dejando allí una guardia montada, para que los rebeldes no pudieran huir, abandonarlos a la suerte que Dios les diera allí dentro, que no podía ser otra que la de morir de hambre y de sed.

Y, muy calladamente, todas las tropas que la torre cercaban se fueron retirando, quedando solo abajo los alabarderos para impedir que los fugitivos se descolgaran, y arriba los tres hombres valerosos, Fernando, Bermudo y Garcerán, a quienes el hambre ya hacía padecer cruelmente.

Y se corrieron bandos según los cuales el que diera de comer o beber a los rebeldes, tendría pena de la vida.

Mas he aquí que, por permisión divina, una altísima dama que tenía su palacio en las cercanías de la torre de San Martín—que era donde Fernando y los suyos estaban sitiados—presenció toda la batalla y padeció de temor y de angustia al ver a don Fernando en tan grave peligro, y admiró su mucho valor,

y, (todo es preciso decirlo) su buen porte. Durante todo el primer día de sitio no cesó de gemir y llorar por la suerte de aquellos desdichados, condenados cuando menos, a morir de hambre y sed; durante el segundo día, más consolada al parecer, caviló sin cesar un medio para socorrer a los rebeldes; y durante el tercero, al fin, no hizo más que aguardar la ocasión propicia para poner su plan en práctica. Esta ocasión fué cuando al fin se fueron las gentes del Conde y del Marqués y quedaron solos y hambrientos los arriba sitiados.

La torre de San Martín pertenecía a la vieja iglesia del mismo nombre por cuya puerta habían entrado los rebeldes, cerrándola después. (Ante esta puerta estaban, de facción, los alabarderos.) En la cripta de la iglesia se hallaba también el cementerio, lo que era entonces cosa establecida y corriente, y este cementerio o cripta comunicábase por un pasadizo subterráneo, de todos ignorado y cegado hacia más de un siglo, con el palacio de doña María de Lujan que éste era el nombre de la dama que de don Fernando Ramírez de Vargas se había prendado.

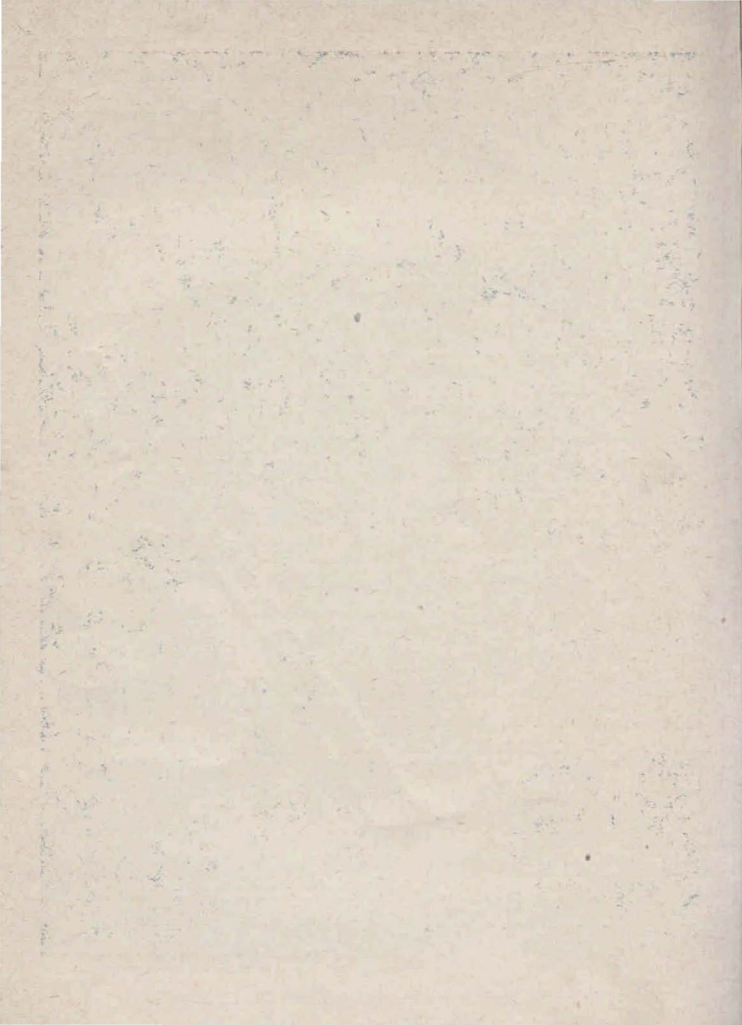
Y he aquí que doña María, dando ejemplo de valor y fortaleza castellanas, decidió ir por el pasadizo a auxiliar a los cautivos. Acompañada de Pedro Alonso, su viejo escudero y antiguo tejedor, que la adoraba, y que llevaba un pico y una pala para abrir paso, y de Teodora, su doncella, que iba cargada hasta reventarse, con una cesta repleta de exquisitas y abundantes provisiones, doña María de Luján salvó el pasadizo, y después de un esforzado trabajo de Pedro Alonso, logró llegar con éste y con Teodora, a la entrada de la cripta. Doña María llevaba en la mano una antorcha que iluminaba con su rojizo resplandor aquellos desolados lugares.

De pronto sintieron un ruido que, por momentos, a ellos se acercaba. Tuvieron miedo de que fueran las gentes de palacio o los esbirros del Marqués y del Conde y buscaron atropelladamente un sitio donde esconderse, metiéndose al fin dentro de una tumba y colocando de nuevo, con grandes esfuerzos, la lápida. Y por una rendija de la misma, vieron...

Don Fernando y Bermudo, con las espadas desnudas todavía, se acercaban llevando



...llevando entre los dos a Garcerán desmayado...



entre los dos a Garcerán desmayado, y cogido por debajo de los brazos. Estaba el guerrero pálido como un muerto y los que le llevaban no parecían tampoco seres vivos. Bermudo, el escudero, no temblaba sólo de hambre y frío sino del terror que le causaba verse en aquellos lugares tan siniestros. De pronto :

—Señor — dijo — ¿no veis? La lápida de aquella tumba se mueve.

—Eso son alucinaciones que te causa el hambre—contestó don Fernando que, como ya sabemos, era por demás valiente.

—No es el hambre, ni son mis ojos, señor —replicó Bermudo, castañeteándole de miedo los dientes—es que aquella tumba se mueve.

Y Garcerán entreabriendo los ojos para mirar a donde el escudero señalaba, repitió :

—La tumba se menea : Dice bien Bermudo.

—¡ Cobardes !—masculló don Fernando.

Pero ya, por no merecer aquel dicterio, Garcerán, volviendo del todo en sí, se adelantaba hacia la tumba.

—¡ No !—gritó Fernando que también ha-

bía visto ya como la tumba se movía—. Quiero ir yo mismo.

Y acercándose a ella, dió a la lápida tan soberano puntapié que el mármol salió rodando hecho pedazos. Y, como un alma en pena, surgió de la tumba doña María, sin luz, y envuelta en velo espeso. (No hay que decir que Bermudo sentía cada vez mayor espanto.)

—¿Quién eres?—gritó don Fernando, que aún en aquellas tinieblas había adivinado una forma de mujer.

—Soy un alma—respondió el fantasma con melodiosa voz—y estoy penando por tu culpa, don Fernando.

—Pues... ¿soy yo tu purgatorio ?

—Eres ¡oh, don Fernando! mi tormento y mi descanso.

E iba acercándose al caballero cuando él sacó la espada.

—¡Detente!—gritó—seas cuerpo o seas alma, detente o te hago mil pedazos, si antes no me dices quien eres.

—Ahora lo verás, generoso Fernando—dijo con sumisión la sombra—. ¡A mí, con la luz,

Pedro Alonso ! ¡ A mí, Teodora, con la cesta !—gritó luego.

Y como por arte de encantamiento salieron del mismo lugar de donde ella había surgido, Pedro Alonso con las antorchas y la doncella con la cesta, cargada, hasta reventarse, de viandas.

Entonces doña María contó a don Fernando quien era ella y cual su nobilísima ascendencia, y le contó como había presenciado su contienda con las gentes del Marqués y del Conde, y cómo, por gran admiración a su valor, había tenido compasión de él, no descansando en aquellos tres días hasta hallar modo seguro de auxiliarle.

Al ver a tan ilustre dama, que era además tan hermosa, al decir de las gentes de entonces, como el sol y la luna y las estrellas juntas, y comprobar su excelente corazón y sus piadosos sentimientos, don Fernando olvidaba su hambre y hasta la persecución de que era objeto y las desdichas que allí encerrado le tenían. No miraba siquiera la cesta, cargada de manjares apetitosos, porque no podía apartar la vista de la bella y generosa mujer que tan noblemente se había apiadado de

él y de los suyos. Y así, no osó tocar una sola de aquellas riquísimas viandas hasta que la dama, en unión de su doncella y su escudero, hubo desaparecido por el boquete abierto por Pedro Alonso y que la llevaba derechamente al pasadizo.

Mas si Fernando no sentía prisa por comer aunque el hambre le torturase las entrañas—que para el hombre bien nacido la necesidad material y grosera, en toda ocasión, es lo de menos—no les sucedía lo mismo a sus dos compañeros. Bermudo, el escudero, sobre todo, no cabía de satisfacción en el pellejo, y los ojos se le iban de un manjar a otro, sin saber cual coger, ni por cual decidirse. Porque allí había un exquisito pollo asado, y un pescado, y una pierna de cerdo enterita que decía «comedme», y frutas, y pasteles, y cuanto pueda soñar el más glotón, o el más hambriento. Y no era esto sólo, sino que, porque no faltara nada al primor de una comida digna de don Fernando, el valeroso y el apuesto, doña María había colocado en la cesta blanquísimos manteles, rica vajilla de plata, vasos de oro, y hasta flores con que adornar la improvisada mesa. No es

preciso decir que los tres sitiados comieron con el mejor apetito del mundo, y adquirieron nuevas fuerzas para seguir luchando con sus crueles y traidores enemigos.

Y esta escena se repitió en la cripta dos veces cada día, en que doña María de Luján iba con sus fieles servidores a llevar a aquellos tres valientes la comida y la cena. Y así pasó algún tiempo durante el cual el Marqués, el Conde y sus secuaces, y hasta el mismísimo rey, no podían comprender como resistían los sitiados de la torre.

Los sitiados de la torre podían resistir, como nosotros sabemos muy bien, porque les sostenía la piedad y el amor. Pues con aquellas visitas diarias, con aquella generosidad tan bien dada y mejor agradecida, con aquel platicar de sus desdichas pasadas y de sus peligros futuros habíase forjado entre don Fernando y doña María esa cadenita sutil que nadie ve pero que es tan fuerte que por nada se rompe y que une a los enamorados.

Lo único que a don Fernando atormentaba, por encima de su amor y de todo lo existente, era el recuerdo de su padre muerto y acusado de traidor por los verdaderos trai-

dores y el pensamiento de que su hermana se hallaba en Madrid sola e indefensa contra sus enemigos.

Y en aquellos momentos doña María Ramírez de Vargas, su adorada hermana, huía disfrazada de labradora, hacia tierras de Segovia.

III

Tanto había durado la resistencia de Fernando y de los suyos, que ya sus perseguidores se impacientaban y empezaban a murmurar que aquellos hombres más que de carne debían ser de bronce y que era de todo punto inútil el sitiarlos por hambre, pues no sentían las necesidades que los demás mortales.

Y de nuevo volvieron a planear el modo de acabar con ellos, pues como ya hemos dicho el Marqués y el Conde, sintiéndose culpables de todas las traiciones, deseaban que no quedara ni uno solo de los Vargas porque nunca pudiera nadie sospechar sus infames acciones y contárselas al rey. Y con picos, palas y azadones, se dirigieron, enfurecidos hacia el

lugar donde Fernando, Garcerán y Bermudo se encontraban sitiados, decididos a echar abajo, si preciso fuera, la iglesia del bendito San Martín. Claro está que esto no era obra de una hora ni de un día.

Desde la cripta don Fernando y los suyos, escuchaban el demoler de la piqueta, que lenta, lentamente, les iba acercando a sus verdugos. Y, aunque decididos a vender caras sus vidas, no podían menos de pensar que éstas alcanzaban ya a su término.

También desde su palacio escuchaba doña María de Luján el siniestro rumor. Y su corazón de mujer, no menos valeroso pero sí más tierno que el de los sitiados de la torre, se estremecía de terror al imaginar lo que iba a suceder. Se estremecía su alma piadosa... su alma de enamorada. Y como su ingenio y su amor no descansaban nunca, de nuevo se echó a pensar y pensar cómo podría hacer para libertar al que era ya dueño absoluto de su vida.

Aquella tarde se oía la piqueta cerca, cerca. Bermudo temblaba de terror, y Garcerán aunque valeroso y decidido a morir al lado de su amigo, no podía dejar de pensar en

los suyos, que le esperarían angustiados... Y él no volvería ya nunca, nunca...

Al llegar la noche, bien cerrada, cesó el rumor de la piqueta. A la mañana siguiente, los verdugos entrarían con toda seguridad, en la iglesia, en la cripta, último refugio de los tres perseguidos. Garcerán y Bermudo subieron a la torre para ver como las turbas se alejaban, mientras los alabarderos guardaban las puertas. Fernando, quedó en la cripta, pensativo, clamando venganza desde el fondo de su alma noble para los asesinos e infamadores de su padre, temblando de ira y de dolor pensando que, al morir, dejaba a su hermana y a María, su adorada, indefensas y hundidas en la más profunda pena. E imaginando, por un momento que pudiera huir, se preguntaba a donde iría que mejor pudiera llevar a cabo su venganza. ¿A Aragón? No; pues el rey de aquellas tierras era cuñado de Alfonso, rey de Castilla y haría ejecutar la sentencia que de Castilla le mandaran. ¿A Portugal? Tampoco, que aquel rey era privado de su rey. ¿A las tierras del moro para servir al moro? ¡Oh, no, no! Que ello fuera baja mudanza y traición a la patria, que

debe ser siempre respetada y honrada. Si pudiera escapar y le dieran a elegir, don Fernando para mejor velar por Ana, para mejor amar a María, y para mejor vengarse, se quedaría cerca, cerca...

Y he aquí que cuando más hundido estaba en estos tristes pensamientos oyó a su lado un levísimo rumor y una débil luz le libró de las tinieblas. Envuelta en obscuro manto y de pie junto a él, estaba doña María.

—Fernando—le dijo como si leyera en su pensamiento—es preciso que salgáis de aquí, antes de que el nuevo día apunte. Nadie conoce el pasadizo que conduce desde aquí a mi casa y por él podréis escapar a vuestro antojo. Ya tengo dinero y joyas preparadas para que con ellas podáis disfrazaros e ir a donde os plazca...

Entonces don Fernando, que amaba a su salvadora más aún de lo que ella a él pudiera amarle, olvidando de nuevo su triste situación, su anhelo de venganza, sus penas y dolores y, arrodillándose ante María de Luján le pintó su amor con las frases más apasionadas y más dulces y le dijo que sólo consen-

tiría en salir de aquel triste lugar si ella le prometía otorgarle su mano de esposa.

Lo prometió ella, que no deseaba otra cosa, y juntos convinieron el plan que para la fuga debían emprender. Doña María, que tenía ya el suyo, habló así a su galán :

—Has de saber, Fernando mío, que este escudero a quien llamo Pedro Alonso, y que, con la mayor fidelidad, hace tres años que me sirve, fué durante su juventud y aún después, tejedor en Segovia, donde figuraba entre los más ricos, poderosos y honrados del oficio. Mas se arruinó, por su desgracia y dicha nuestra, y se vino a servir, que es lo mismo que decir a salvarnos. Ahora, Fernando, en pago de sus servicios le daré mil escudos para que compre telares en Segovia, que es lo que él más ansía, y tú y yo disfrazados de gente de baja condición nos iremos a vivir con él como si fuéramos, yo su nuera y tú su hijo. Yo partiré esta misma noche con él para tomar la casa e instalarnos en el lugar en que todos los tejedores viven. Tú, disfrazado de soldado o peregrino, llegarás a Segovia preguntando por Pedro Alonso, del que no tardarán en darte razón todos. Y una

vez en la casa, con nuestros nombres supuestos y al amparo del viejo y honrado tejedor, siendo, a nuestra vez, tú tejedor, yo tejedora, estoy segura que no han de conocernos el Conde ni el Marqués, ni sus esbirros.

—¿Cuál será mi apellido?

—Pedro Alonso, como el de tu padre.

—¿Y tu nombre?

—Teodora... que tú sabes que «te adora» significa.

Y diciendo estas palabras, después de haber convenido nuevamente su plan, la futura tejedora dió un salto y se internó en el boquete que conducía al pasadizo.

En menos tiempo que se cuenta ató en su mente Fernando los últimos detalles. Para que por completo le olvidaran, desistiendo de perseguirle, era lo mejor que le creyeran muerto. Sin perder un instante, antes que pudieran bajar sus amigos de la torre y a la luz de la antorcha que allí su enamorada le dejara, levantó las lápidas de dos o tres tumbas hasta hallar dentro de ellas un cadáver que fuese de su grueso y estatura. Lo halló, al fin, y venciendo la repugnancia y el dolor que el acto le causaba, le vistió con sus ro-

pas, le metió en los bolsillos los documentos y papeles de su propiedad, le colgó al cinto su espada, y puso en su dedo anular el anillo en que estaba grabado el escudo de los Vargas y del que él jamás se despojaba. Luego, con un puñal que llevaba al cinto y después de pedir a Dios perdón por la profanación a que las fieras circunstancias le llevaban, acuchilló el rostro del muerto de modo que resultase imposible del todo el reconocerle. Y por último le dió una tremenda puñalada en el pecho, y vistiéndose las ropas que allí doña María le había dejado, se internó a su vez en el oscuro pasadizo.

Cuando Bermudo y Garcerán bajaron de la torre llamaron, a grandes voces, a su señor y amigo. Nadie les contestó. La obscuridad era absoluta, pues la antorcha, arrojada por Fernando a un rincón de la cripta, estaba, casi del todo, consumida. Recorrieron, a tientas, uno y otro el lóbrego recinto. Al fin, los pies de Garcerán tropezaron en el cuerpo que estaba en el suelo tendido. Llamó el noble soldado al escudero y arrodillados ambos ante aquel cuerpo palparon con sus manos temblorosas el traje de Fernando, ¡que

tan bien conocían! su espada invencible, el anillo de su anular con las armas de los Vargas. No podían dudar de que algún traidor, entrando en la cripta, había asesinado a Fernando Ramírez. A no ser que él mismo se hubiera dado muerte antes de soportar la más ignominiosa que, a la mañana siguiente, le aguardaba.

Después de llorar a Fernando amargamente hasta que las primeras luces del alba se filtraron por la cripta, envolviéndola en claridad muy tenue, Bermudo y Garcerán pensaron en salvarse. Y viendo abierto el boquete del pasadizo se metieron por él, yendo a parar al palacio de Luján, desde donde huyeron al campo, sin ser vistos por nadie. De doña María y de Fernando, a quien seguían creyendo muerto, no encontraron ni rastro. Al romper ya el día volvieron los hombres del Conde y del Marqués con sus amos a la cabeza, llevando las piquetas con que habían de demoler la iglesia de San Martín para coger, al fin, a los rebeldes. Mas cuando, abierta una gran brecha penetró la soldadesca en la iglesia la encontró vacía. Y solitaria la to-

re. Y en la cripta un cadáver: el del caballero don Fernando.

Entonces corrió como un rayo la noticia por toda la ciudad. Don Fernando Ramírez de Vargas se había dado muerte en la cripta de San Martín, antes de pasar por la ignominia de que a él se la dieran sus perseguidores. Todos le habían visto y bien visto, tendido en tierra, con el mismo vestido que trajera de la guerra con la espada colgada del costado, y, en el anular de la mano izquierda, el anillo con las armas de los Vargas. Todos le habían visto...

Corrió por la ciudad la noticia, ligera como el viento... No hay para qué decir que el Conde y el Marqués se alegraron no poco de ella y fueron a dársela al rey en medio de los mayores extremos de alegría, no descuidando, desde luego, el mancillar aún más la memoria de los Ramírez de Vargas, dando su traición por verdadera y manifiesta.

Tres días después de que estas cosas terribles ocurrieran en Madrid, otros acontecimientos más dulces y más gratos se sucedían en Segovia.

En el barrio de los tejedores, Teodora, la más bella de todas las tejedoras, aguardaba impaciente la llegada de su marido Pedro Alonso. Al divisar de lejos su figura, vestida de humilde pero limpio traje, la moza palmoteó y gritó llamando a las tejedoras y tejedores todos.

—¡Feliz tú, mujer, de tener tal marido!—le decían las solteras.

—Alégrase la calle con tus voces—exclamaban las otras.

—¡Que dejen todos sus telares!—decía un tejedor.

—¡Y sus cardas los de la carda!—gritaba otro.

—¿No es buen mozo mi Pedro Alonso?—preguntaba la fingida Teodora—. ¿No tiene, amigos, un buen talle?

Y todos respondían, ellas y ellos:

—En verdad no parece un artesano, sino un gran caballero.

Y los varones sesudos del gremio aprobaban así:

—Que Pedro Alonso sea desde hoy amparo y defensa de este barrio.

—¡Que viva, que viva Pedro Alonso!

Y se sucedían las palmas y las aclamaciones y los vivas. Jamás don Fernando Ramírez de Vargas, cuando era noble caballero y guerrero afamado había escuchado vítores que tan del corazón salieran.

Y corrió el vino que fué un contento, y todo aquel día fué, en el barrio de los tejedores, día de fiesta.

SEGUNDA PARTE

I

Mas no duraron mucho tiempo en Segovia estas delicias. Allí estaba la corte y allí llevaron los cortesanos sus vicios y traiciones. El Conde, sobre todos traidor, no cesaba de hacer de las suyas y, convencido de que poseía toda la privanza del rey, se entregaba a los mayores desenfrenos.

Y he aquí que hizo la suerte, o la desgracia, que cierto día viera a Teodora (que como nosotros sabemos era doña María de Luján, la ilustre dama) quien por su mucha hermosura y sus virtudes había llegado entre los tejedores a ser como la reina. Verla el Conde y prendarse de ella todo fué uno, que desde que doña Ana Ramírez había desaparecido de su vista, no veía una dama ni una moza que no intentara al momento robarla.

En unión de Fineo, su escudero, recorrió

una y otra y otra vez la calle en que Teodora, en unión de Pedro Alonso y de su fingido padre habitaba, y ante la ventana de la humilde casita en que vivía desgranó coplas y lanzó hondísimos suspiros. Mas, como la puerta se mantuviera cerrada siempre y a la ventana no se asomara nunca nadie, el Conde, que, por ser quien era, no estaba acostumbrado a tales resistencias, decidió ir derecho a su objeto y obligó a Fineo, su criado, a llamar, con grandes golpes, a la puerta.

La propia Teodora se asomó a una ventana, y fué como si la misma aurora se asomara.

—¿Quién es?—preguntó.

—Un hombre que te quiere hablar, bella Teodora.

—¿De parte de quién?

—De la mía.

—No sé quién sois y no os puedo escuchar.

—Bajad, abridme y veréis quién soy.

—Perdonad, pero ahora es imposible.

Dijo la hermosa; y cerró la ventana, como suele decirse, a piedra y lodo.

No hay para qué decir que el Conde que-

dó allí despechado y rabioso y más empeñado aún en burlar a la hermosa que, siendo él quien era, tan cruelmente le trataba. Pensaba ya en prender fuego a la casa, en echarla abajo y en otros mil disparates, cuando la puerta se abrió suavemente y salió por ella un rústico criado llevando en la mano un jarro del barro más grosero.

Al ver a los dos hombres que estaban a la puerta, el rústico se echó a temblar. Y entonces habló el Conde.

—¿Adónde vas?—le dijo.

—Señor... voy por vino... para mi amo, señor.

—Y ¿quién es tu amo?

—Es Pedro Alonso, señor; el tejedor de quien soy aprendiz.

—Ese Pedro Alonso ¿es galán de esa moza?—siguió preguntando el Conde con voz de trueno.

—Es su esposo, señor.

—Está bien. Y tú ¿cómo te llamas?

—Chichón, señor.

—Bien. Puedes marcharte.

Y se fué el aprendiz temblando y el Conde fraguó su plan en un instante. Obligó de nue-

vo a Fineo a que llamara y cuando Teodora se asomó a la ventana, le hizo fingir la voz y decir que era Chichón con el vino de su amo.

Cuando la fingida tejedora bajó a abrir, los dos hombres se colaron de rondón en la casa, y el Conde intentó estrechar a la joven entre sus brazos.

Pero ya salía Pedro Alonso el Tejedor (que ya sabemos como no era otro que don Fernando el caballero) con la espada en la mano.

Con muy buenas palabras intentó convenecer al Conde (a quien por ir muy embozado no había reconocido) de que se hiciera atrás, y dejase en paz a aquella mujer a quien él tenía obligación de proteger por ser la suya.

Mas el Conde, cada vez más irritado ante aquella resistencia, le contestó insolente:

—Sólo un caballero tendría derecho a darme consejos; no un pobre tejedor.

Y entonces repuso Pedro Alonso:

—Y sólo un rey tirano o un gran desvergonzado hubiera intentado lo que vos intentáis en esta casa.

—¡Villano! — gritó el Conde enfurecido—, Ved quien soy,

Entonces comprendió Fernando toda su desgracia al reconocer a su mortal enemigo, mas, decidido a extremar, por el momento, la prudencia, dijo serenamente :

—Pues sois el Conde, ved que lo que aquí intentabais no es digno de vos...

—¡Basta, villano, salid de aquí!

—Tratadme bien, señor—repetía el falso Pedro Alonso—ved, que aunque sea un pobre tejedor, no dejo de ser tan hombre como vos...

Y al oír esta verdad que él juzgaba insolente atrevimiento, el Conde levantó la mano, y descargó sobre el rostro del fingido tejedor una tremenda bofetada.

Sacó entonces la espada don Fernando, mientras Teodora gemía acongojada. Y los dos hombres lucharon largo rato, y al fin cayó el Conde mal herido.

Pero ya Fineo había corrido a avisar a las gentes de palacio, que acudían en tropel. Entre ellos iban los esbirros que, cargando a Pedro Alonso de gruesas y pesadas cadenas, aprisionando sus manos y sus pies con los grillos y las esposas infamantes, lo condujeron a la cárcel mientras Teodora lloraba con

llanto que partía el alma y los tejedores todos juraban vengarse de los que tan sin razón se llevaban preso al noble, al valiente, al de todos querido, Pedro Alonso.

Y he aquí que en la misma cárcel a donde iban a conducir a Pedro Alonso, estaba, desde hacía muchos días, Garcerán de Molina el que había sido su compañero de armas y por él se había expuesto a tantos peligros y sufrido tantas penas. No estaba allí por nada malo, sino también por una venganza del Conde, quien, habiéndose prendado de Cloriana, una aldeana bellísima a quien Garcerán pretendía, decidió encarcelarle para quedarse libre de rivales.

Quiso el cielo que dejaran a Pedro Alonso en la misma celda en que Garcerán estaba, y aunque el preso no dejó de advertir en seguida el parecido del recién llegado con su antiguo amigo don Fernando, no pudo sospechar que fuesen una misma persona dado que el nuevo preso le declaró ser Pedro Alonso, el Tejedor, persona en Segovia de todos conocida, y, dado, sobre todo, que él había visto con sus propios ojos a su amigo apuñalado y muerto en la cripta,

De todos modos aquel parecido engendró en su alma repentina y viva simpatía. Y como Pedro Alonso (esto es, Fernando) le había conocido en seguida, aun que por prudencia lo callara, no tardaron en entablar animada conversación en que mutuamente se relataron sus cuitas.

No perdió mucho tiempo Pedro Alonso en lamentarse. Rápido, como solía, planeó al punto el medio de evadirse llevando con él a los que en aquella cárcel, tan injustamente como él padecían los rigores del Marqués y del Conde, los odiados tiranos. Y fué su plan que, todos los que quisieran ayudarle, Garcerán entre ellos, se hicieran llevar aquella noche a la enfermería. Una vez allí él les iría diciendo lo que habían de hacer.

Los presos más antiguos lograron sin gran trabajo el permiso para pasar en la enfermería aquella noche, pues conocían a los bastoneros y no inspiraron sospecha alguna al rogar que les dejaran velar a Alonso Pinto un recluso, ya anciano, que se estaba muriendo. Mas para Pedro Alonso que acababa de entrar y con quien, por su mucho valor

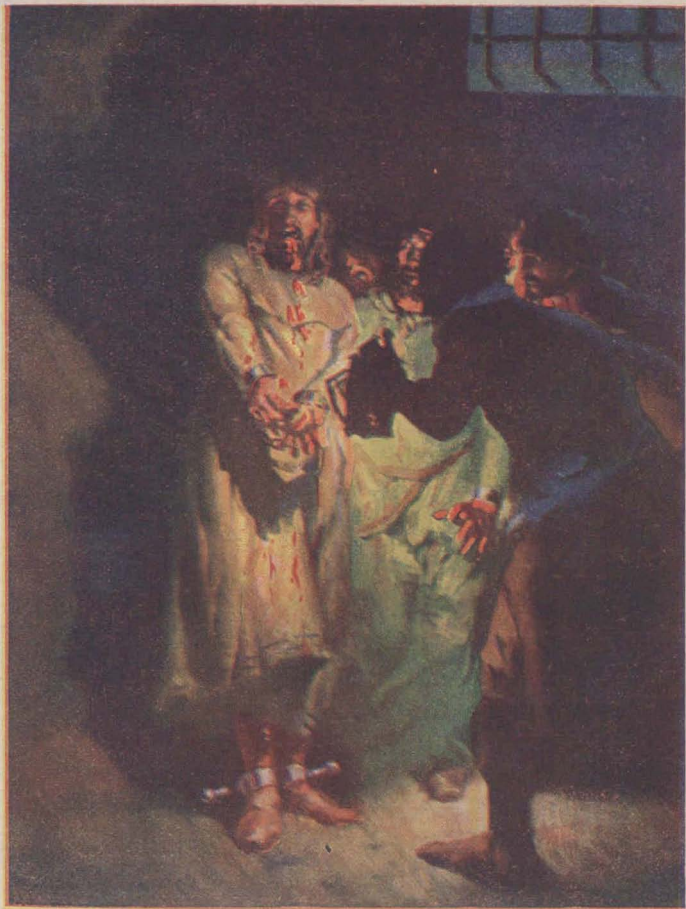
y valentía, se extremaba la vigilancia, ya era más difícil encontrar un ardid plausible.

Mas nada arredraba al fingido tejedor. Con los grillos y las esposas puestas, como estaba, se colocó en lo alto de una escalera que conducía de una celda a otra y desde allí dió un formidable salto. Después se puso a gemir, como si habiendo caído casualmente, se hubiese hecho mucho daño.

Acudieron los bastoneros, cogiéronle entre cuatro, sin quitarle las esposas ni los grillos, y le llevaron a la enfermería con grandes precauciones. Y Garcerán de Molina pensó otra vez :

—Este mozo tiene más valor escondido del que en un hombre de humilde condición suele ocultarse. Si con mis ojos no le hubiera visto muerto, afirmaríá aún que era Fernando.

Llegó la noche y en la cárcel quedaron sólo con luz y sin vigilancia por juzgárseles sin fuerzas para hacer barrabasada ninguna, los que en la enfermería estaban. Cornejo, Camacho y Jaramillo que estaban de acuerdo con el Tejedor, tenían escondidas bajo las mantas y colchones de los enfermos, un martillo y unas cuerdas y juntos todos pusieron



...se arrancó con los dientes...

manos a la obra para preparar la ansiada fuga.

Mas, no hay que olvidar que Pedro Alonso que era quien debía dirigirlo todo, tenía las manos esposadas. En vano quiso que sus compañeros rompieran con sus manos las esposas; éstas eran de hierro y no podían pasar siquiera. Entonces él, en un momento de decisión desesperada, se arrancó con los dientes las dos últimas articulaciones de los pulgares y pudo sacar las manos de la infamante anilla. Al ver esta proeza todos los enfermos se levantaron de sus lechos y le aclamaron, gritando que querían ir con él.

Colocó todas las camas unas encima de otras, hasta que llegaron al techo y entonces, con el martillo abrió en él una brecha por donde todos salieron al tejado. Ya allí echaron a la calle las escalas, que con las cuerdas se habían fabricado y emprendieron la fuga a través de los campos y las calles desiertas.

El primer impulso de Pedro Alonso—esto es, de Fernando—fué dirigirse a su humilde casita de tejedor donde Teodora le aguardaba. Los demás desdichados le siguieron y no hay para qué decir cual sería la alegría de Teodora al abrazar de nuevo a su esposo ama-

do, y cual su sorpresa y su terror, al verle en aquella traza y de aquella gente rodeado.

Porque los evadidos no podían permanecer allí. Al despuntar el alba los bastoneros entrarían a la enfermería y la fuga sería descubierta. Entonces se les perseguiría y la pena que se les impondría sería mucho más grave e infamante. Era, pues, indispensable, salir de allí, a toda costa; salir de la ciudad. Y los fugitivos pensaron con dolor que, mientras la persecución del Conde los siguiera, no podrían dedicarse a oficio ninguno, ni entrar en ninguna ciudad, ni hallar ningún cobijo. Fué entonces cuando decidieron internarse en el monte, como los bandoleros, enmascarados y jurando a Pedro Alonso, el tejedor, por capitán.

Se armaron de broqueles, de espadas, y de cotas, y de cuantas armas hallaron a su paso. Teodora, la noble y valerosa, se vistió un traje de hombre, y fué con ellos.

II

Y a la sierra se fueron todos, menos Garcerán, y en la sierra vivieron, como bandidos, aun que no lo eran, sino desdichados a quienes allí había empujado la tiranía y su desgracia. Mas sucedió que, como no podían bajar a poblado y allí les acuciaba el hambre, algunos de ellos dieron en robar a los viajeros que pasaban por la sierra, si bien nunca les mataron ni les hicieron daño. Y, al cabo de algún tiempo, fueron todos de veras bandoleros.

Mientras tanto en Segovia, las nuevas más peregrinas se contaban. No se hablaba de otra cosa que de las hazañas de Pedro Alonso el Tejedor y los tejedores no sólo le defendían, sino que llegaban a glorificarle. Unos decían que había ido a alistarse bajo las banderas de los moros, otros que el rey de Toledo le sentaba a su mesa, otros, en fin, acercándose a la verdad, que se había subido a la sierra para hacerse bandolero. No hay para qué decir que al Conde, conociendo la fuerza y el valor de su rival y sabiéndolo libre, no

le llegaba la camisa al cuerpo. Porque él apenas había sanado de sus muchas heridas. Por ello, temeroso y cruel, decidió averiguar si era verdad que el Tejedor era la misma persona que el bandido de la sierra, según muchos aseguraban, y sobornó a Chichón, el aprendiz de tejedor y criado de Pedro Alonso, para que le ayudase a ponerlo en claro. A Chichón tampoco le llegaba la camisa al cuerpo pues, según ya sabemos, era un grandísimo cobarde, pero como el Conde le pagaba muy bien su traición y le daba joyas y bolsas de oro a todas horas, se resolvió a jurar cuanto el gran señor quiso, prometiéndole y prometiéndose entregarle a su antiguo amo, en cuanto llegara la ocasión.

En tanto, los hombres que en la sierra vivían fuera de la ley, veían transcurrir sus días sin que pudieran abrigar ninguna esperanza. Ya se les acababan las vituallas, ya sus ropas se les caían a girones, ya, según los rumores que de la ciudad llegaban, el rey pensaba en mandar sus tropas contra ellos y érales necesario huir más lejos y érales indispensable poseer algún oro, para ello.

Pues sucedió que por aquellos días cruzó

la sierra un pobre diablo que, detenido por los bandoleros, les habló de cierta opulenta doncella, que habitaba en su lugar. Se llamaba Cloriana y vivía sola con una dueña anciana. Nadie sabía de donde había llegado, mas todos se hacían lenguas de su mucha hermosura y de las espléndidas joyas que poseía, pues de todos eran admiración sus brazaletes, sus zarcillos, sus dijes y collares. Sabíase, además, que, aunque villana, guardaba en sus arcas las onzas por montones.

Cuando el pobre diablo que les dió estas noticias se hubo marchado, los bandoleros se pusieron, sin pérdida de tiempo, a trazar el plan para apoderarse de algunas de las joyas de la rica villana, por lo menos. Pedro Alonso se opuso en el primer momento, pues le repugnaba atacar a una mujer, mas, tanto le aseguraron ellos que aquello podía ser la salvación de todos y tanto y tanto le juraron que no harían daño alguno a la moza, antes en todo la respetarían, que, al fin, accedió, venciendo su mucha repugnancia.

Y allá se fueron, al otro lado de la sierra, donde sola con una criada vieja, habitaba la rica villana.

Según ya sabemos, Cloriana, la rica y bella aldeana, era la que Garcerán de Molina amaba tanto. Lo que no sabíamos aún era que esta Cloriana no era otra que doña Ana Ramírez de Vargas, la hermana de don Fernando, que bajo aquel disfraz vivía allí de todos oculta y recatada.

Y he aquí que en aquel día en que bajo su nuevo traje volvemos a encontrarla, Garcerán le lloraba por centésima vez sus cuitas de amor.

Ella, negándose siempre a oír su querella, le decía :

—Garcerán de Molina, no os canséis. ¿No veis que vos sois noble caballero y yo villana? Para galán no os quiero y para esposa seríais vos quien no queríais casaros con una aldeana humilde.

En esto estaban cuando se oyó ruido ; aguzaron la moza y el galán el oído, y sintieron cómo el rumor se acercaba. Entonces Cloriana, pensando que acaso fuera el Conde que nunca cesaba de perseguirla, hizo entrar a Garcerán en un contiguo aposento muy obscuro, por el que podría salir al huerto, si quería.

En aquel preciso momento Pedro Alonso,

Camacho, Cornejo y Jaramillo, ataviados con sus trajes de bandoleros y con los rostros encubiertos por las máscaras entraron en la casa. Cloriana lanzó un grito, y Jaramillo la intimó a que le entregara la caja de las joyas.

Pedro Alonso o Fernando—que así volveremos a llamarle desde ahora—sintió que profunda emoción le invadía al contemplar a la doncella. Si no hubiera oído las noticias que de Madrid llegaron dando por muerta a su hermana (nuevas que ella misma, como él, había propalado por poder así retirarse al campo para vivir tranquila), hubiera jurado que la villana no era otra que ella. Después pensó que todo debía ser alucinación de su deseo.

En esto ya Cornejo llegaba con un paño repleto de dineros y joyas. Y cuando ya iban a retirarse dejando la casa desvalijada y desmayada a la doncella, he aquí que sale del cuarto Garcerán con la espada desnuda.

—¡Detenéos!—gritó a los bandoleros—. ¿No os avergüenza atacar así a mujeres? ¿De qué tenéis las durísimas entrañas para atreveros así contra este ángel?

Cuando Fernando vió a Garcerán, exclamó airado :

—¡Alto, amigos ! Dejad eso donde estaba y bajad las espadas al suelo.

Y era tan firme su acento y tenía tal dominio sobre todos, que al momento le obedecieron.

Luego, volviéndose a Garcerán se despojó del antifaz.

—¿Me conocéis?—preguntó.

Y Garcerán dijo :

—¿Cómo puedo olvidar el rostro de quien me dió libertad y con ella vida? Bien veo que sois Pedro Alonso, el Tejedor.

Y allí mismo renovaron la plática y Garcerán contó su historia a Fernando refiriéndole cómo el amor profundo que por Cloriana sentía era lo que hasta allí le había llevado y lo que le hacía padecer de tal suerte. Entonces, Fernando, aconsejó a su amigo que, pues tanto amaba a la doncella la instase para que se fuera con él a la sierra. Allí podrían casarse en la primera ermita que encontrasen y vivir con él y con Teodora. En esto se despertaba Cloriana, y Fernando volvió a cubrirse el rostro con el antifaz.

La bella despertaba lanzando profundos suspiros, capaces de enternecer a las mismas peñas.

—¡No me llevéis con vosotros a la sierra!
—clamaba—. Dejadme aquí vivir de todos escondida.

—¿Qué le importa a una villana como tú, vivir aquí escondida?—le decía don Fernando, sin hacer gran caso de su llanto.

Entonces ella deshecha en lágrimas y lanzando unos suspiros que partían el alma, se lanzó a los pies de los dos hombres y habló así:

—Habéis de saber que, aunque es de aldeana mi traje, no lo es mi condición ni muchísimo menos lo fué mi cuna. Sólo la desgracia de los míos y la mía propia pudieron obligarme a estos disfraces. Mi nombre es doña Ana Ramírez, y mi padre fué aquel don Beltrán Ramírez, alcaide de Madrid, cuya historia no es preciso que yo refiera, pues ya la fama la relata. Cuando mi padre fué muerto con la muerte más bárbara y cruel que pueda imaginarse, cuando mi hermano, sitiado por hambre en la alta torre de San Martín, acabó por darse muerte, el conde don Julián,

después de haberme despojado de la mayoría de mis bienes dió en cortejarme y en perseguirme. Creí en sus palabras, pues a cada instante me juraba que sería mi esposo, y le dí mi amor más firme y más abnegado. Pero no tardaron en llegar hasta mí las nuevas de que él había sido, con su padre, el causante de todas las desdichas de los míos. Entonces, horrorizada de haber colocado tan mal mi amor, huí al campo acompañada de esta dueña que me sirve, que se encargó de propalar por la ciudad la nueva de mi muerte. Creyéronla todos, y yo, entonces, me disfracé de aldeana y me vine a este pueblecito. Mas ¡ay! que por desdicha mía el Conde averiguó mi paradero y no hay día que no pase por estos lugares en mi busca. Y yo que le veo, y a un tiempo le amo y le odio, no sé qué elegir entre mi amor y mi rencor. Ved si mi cuna es alta y mi desgracia grande; ved si puedo irme con vosotros, ved si puedo amar a Garcerán...

No hay para qué decir si sería honda la emoción que Fernando sintió en aquel momento, al hallar a su hermana, a quien diera por muerta y a quien amaba tanto. Sentía

vivo impulso de lanzarse a abrazarla, dándose a conocer, mas, de un lado el temor de lo que ella sufriría al verle de aquel modo, convertido en bandolero, y de otro el firmísimo propósito que se había hecho de no confiar su secreto a nadie, ni aún a su mejor amigo, Garceránle obligó a callar dominando su deseo.

Con palabras humildes devolvió a la doncella la caja de sus joyas.

—¿Qué queréis a cambio de ellas?—preguntó la falsa Cloriana.

—Una sola merced—dijo Fernando con voz siniestra—. Estoy fuera de la ley y quiero pedir al rey mi perdón. Tan sólo os ruego que cuando sepáis que va a venir el Conde me lo aviséis para venir a mi vez a arrojarme a sus pies.

—Pequeña es la merced, en efecto. ¿Y adónde he de avisaros?

—En la cruz que se alza sobre el cerro estaré o tendré quien aguarde a tu mensajero. Para darse a conocer, que lleve en la mano este guante.

Y esto diciendo, y arrojando el guante al suelo, se alejó a buen paso.

Garcerán, desesperado por la cruel negativa que a su amor oponía Cloriana, se unió a los bandoleros. Y aquel mismo día ocurrieron cosas peregrinas en la sierra.

Hallábanse Camacho, Jaramillo y Cornejo guardando uno de aquellos escarpados picos cuando he aquí que por la garganta que dos de las montañas formaban, ven llegar a tres hombres en traza de bandoleros también. Creyendo que se adelantaban a disputarles el puesto, los de Pedro Alonso se echaron las escopetas a la cara y Camacho dijo con voz firme :

—¡ Rindan las armas, hidalgos !

Pero el que parecía capitanear a los tres viandantes no entregó el arma, sino que extendió los brazos para estrechar a Camacho entre ellos.

—¿Es posible que no me conozcas?— dijo—. ¿No estás viendo que soy Chichón, el antiguo aprendiz de tejedor y que, con estos dos amigos, vengo a formar en vuestras filas, pues no sé vivir sin Pedro Alonso, mi amo?

Los de la sierra recibieron a su antiguo compañero con grandes agasajos y fueron corrien-

do a notificar a su jefe la nueva feliz. No hay para qué decir que también Fernando se alegró mucho de tener a su antiguo aprendiz al que había tomado cierto cariño e hizo que el vino corriera para todos en festejo de su llegada. Teodora, vestida de hombre, le ayudó a escanciarlo.

Mas he aquí que, en esto, suenan voces al otro lado del picacho, y se oye una copla en que se alude por sus nombres a los que están en el campamento. Pedro Alonso, Jaramillo, Cornejo, todos salen a relucir en la copla y no muy bien parados por cierto. Y la copla se interrumpe de pronto. Entonces, Pedro Alonso, picada la curiosidad, manda a sus hombres en busca del cantor, para que acuda a cantar en su presencia el final de la copla y ellos corren a su encuentro y como el hombre en cuestión vuelve pies atrás, ellos emprenden su persecución, y, por collados y riscos, en la sierra se intrincan.

Y era aquel el momento que aguardaba Chichón. Al ver a su amo solo y desprevenido, sin otra guardia que los amorosos brazos de Teodora, en menos tiempo que tarda en

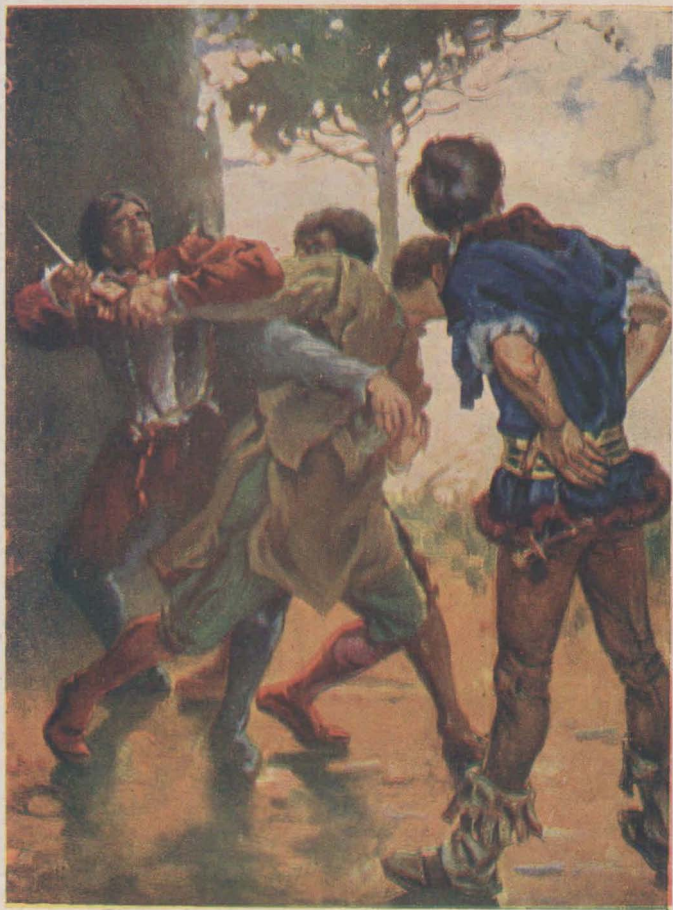
contarse le echó un capotillo a la cara mientras sus otros dos compinches le ataban las manos atrás y le quitaban las armas.

Teodora trató de dar un grito, pero ya los traidores volvían hacia ella y le tapaban, con un pañuelo, la boca. Inútil fué que Pedro Alonso (esto es, Fernando) intentara volverse contra ellos; le habían desarmado, atándole después tan fuertemente que le era imposible defenderse. Así les obligaron a andar, a él y a su esposa, y a bajar de la sierra, donde por su voluntad y su desdicha se habían confinado. Y cuando él o ella intentaban rebelarse o preguntar qué significaba aquello:

—¡Es de orden del rey!—respondía Chichón, invariablemente.

III

Por breñas y por riscos, por collados y valles condujeron los tres villanos traidores a Pedro Alonso y a Teodora—que iba vestida de hombre, como ya hemos dicho—. Después de andar cerca de día y medio llegaron, por fin, a una venta en el momento en que ya no podían resistir más: el hambre les acosaba,



...y le quitaban las armas.

abrasábales la sed y los pies se les abrían. Rendidos, aspeados, los tres villanos sentáronse a una mesa y remojaron sus secos gaznates con una jarra de buen vino. Los dos prisioneros quedaron junto al fuego. Uno de ellos—Teodora—dejaba caer de sus bellos ojos lágrimas de ardiente transparencia. El otro—Pedro Alonso—, tenía la vista fija en el suelo y permanecía silencioso y hosco.

Mientras los villanos bebían, Pedro Alonso se acercó al fuego y puso sus manos ante la llama como si tratara de calentárselas. Mas no era esto lo que quería sino que el fuego rompiese las ligaduras, aun a riesgo de abrasar también sus carnes. Y las llamas acariciaron las manos del tejedor caballero, y las quemaron cruelmente y... ¡al fin!... la ligadura fué rota por el fuego.

Entonces, en menos tiempo que se cuenta, Pedro Alonso dió un salto sobre Chichón, le arrancó la espada, cortó las ligaduras de Teodora y se aprestó a defenderse contra los que hacia él ya se lanzaban.

Mas he aquí que no eran uno ni dos; antes al contrario, a los gritos de Chichón la venta entera, que estaba llena de pasajeros y

de traginantes, se lanzó a perseguirles. Tuviron, Teodora y Pedro Alonso, que salir huyendo de la venta; sus perseguidores aumentaban en número a cada lugar porque pasaban. El tejedor se defendía y defendía a su compañera como un león, mas la espada que del cinto de Chichón había arrancado, no era digna de tanto esfuerzo, y a tanto choque repetido, no tardó en quebrarse.

Vióse entonces, de nuevo, en poder de sus enemigos y la sola idea de tal ignominia le horrorizó. Entonces, casi a su lado, en la tapia del jardín de una mansión espléndida vió un postiguillo abierto; colóse por él y sus perseguidores, sin advertirlo siquiera, lo pasaron de largo.

Atravesó Pedro Alonso aquel bello jardín y lo encontró desierto; subió la regia escalinata, atravesó mil espléndidas estancias y, al fin, en el último de los salones, vió a un caballero que, hundido en un sillón, ocultaba la cara entre las manos.

Al oír el ruido que Fernando hizo al entrar, el Conde—pues éste era el caballero—, se puso de pie.

—¿Quién sois?—preguntó.

—Soy un hombre a quien persiguen sus contrarios y que se acoje a vos. Ved si es bastante. Y vedlo pronto porque ya se acercan.

Y, en efecto, después de pasar de largo, los perseguidores de Pedro Alonso, habían vuelto atrás y el rumor de sus gritos y sus pasos, se oía ya cercano.

—Entrad en esa estancia—dijo el Conde— y ocultáos detrás de esa cortina.

Y he aquí que en aquel momento entraba ya el gentío llevando a Teodora presa y dando terribles voces.

—Señor conde...—dijeron, retrocediendo un paso.

Y detrás de la cortina Fernando se estremeció al oír que había caído en poder de su enemigo.

—Buscamos a un hombre que se ha escondido aquí—prosiguieron—; es el Tejedor de Segovia que se nos ha escapado cuando les llevábamos presos a él y a su esposa. A ella hemos logrado rescatarla, pero él corre, salta y se defiende como un demonio.

El conde hizo también una extraña mueca al saber que era al Tejedor a quien había amparado pero, como era noble, la palabra dada

le obligaba. Además, al ver a Teodora, una idea infame había cruzado por su mente.

—Si hubiese entrado aquí—dijo—, ¿no le hubiese visto yo? Pues a nadie he visto. Salid y dejad aquí a Teodora.

Salieron los plebeyos. Y el Conde empezó a requebrar a Teodora, a pintarle su amor con vivísimos colores, mientras detrás de la cortina, Fernando temblaba de celos y de rabia. Al fin, tras una ardiente relación, el conde dijo a Teodora :

—Tengo en mi poder al Tejedor. Si no consientes en amarme lo mataré. De tí depende, pues, su vida. Díme que prefieres : mi amor o su muerte.

Fernando, en su escondite, se estremeció violentamente al pensar que el temor de perderle pudiera obligar a ceder a Teodora. Mas he aquí que su sorpresa fué grande y espantosa al oír que su esposa decía :

—Señor, hace tiempo que estoy arrepentida de haberos despreciado, a vos que sois, después del rey, el primero de la Corte, por un humilde Tejedor. Vuestro es, pues, mi amor y mi persona.

Al oír esto, Fernando ya no pudo resistir



No manchéis vuestra espada ilustre...

más y, levantando la cortina tras la que se escondía, entró en el salón lanzando mil denuestos contra la ingrata que así le traicionaba. Mas ella fingió no escucharle siquiera, y continuaba mirando al Conde con dulces ojos y repitiéndole halagüeñas palabras.

Desesperado Fernando gritó :

—¡ Matadme, Conde, antes de que siga escuchando sus palabras atroces.

Y como el conde echara mano a la espada, Teodora exclamó :

—¡ No, Conde ! No manchéis vuestra espada ilustre con sangre de villano. Yo misma mataré al Tejedor.

Y arrancó la espada de manos del Conde.

Mas no para matar a Fernando como el atónito caballero—tejedor creía—, sino para entregarle un arma con que pudiera defenderse.

—¡ Toma esta espada, mi bien !—gritó y defiende la puerta mientras a mí me esconde el manto de la noche.

Tras de Teodora huyó Fernando, siempre defendiéndose.

Mas no fué la suya cobarde huída. Al día siguiente un enmascarado pidió audiencia al

conde ; y después de la audiencia le retó en desafío. Antes de cruzar los aceros supo el conde que el Tejedor de Segovia y el caballero Fernando Ramírez de Vargas eran una sola persona.

En aquella leal contienda quedó muerto el Conde ; antes de morir confesó su traición y la de su padre, y pidió perdón a Fernando.

*

* *

Y he aquí que los moros y los caballeros cristianos luchaban cuerpo a cuerpo bajo la sierra de Segovia. Los infieles vencían, el rey Alfonso estaba por todas partes cercado, el Marqués, su privado, le ofrecía un caballo para que huyera vergonzosamente. Pero el rey Alfonso se resistía a huir cobardemente ante el enemigo. Y viéndose sin remedio ni salvación humana, llamó en su ayuda a los cielos.

Y sucedió algo que nadie esperaba. Como una tromba, como un huracán, bajaron de la sierra cien hombres esforzados, cuyos rostros cubrían negros antifaces. Rompiendo, briosos, las filas del campo enemigo, sem-

braron en él el espanto, y los sarracenos empezaron a retroceder. Entonces los castellanos, que se disponían ya a ceder el campo, sintieron que, al ejemplo de los desconocidos, su pecho se inflamaba de nuevo valor, y se lanzaron otra vez al ataque.

Los enmascarados no descansaban un punto; sus espadas sembraban la muerte entre los sarracenos, que, ya francamente, huían. Y la victoria quedó por los castellanos. El cielo había escuchado el clamor del rey don Alfonso.

Cuando no quedó ni rastro de un moro en la sierra ni en sus cercanías, el que iba a la cabeza de los enmascarados, se volvió hacia el privado del rey y le intimó a que luchara. El Marqués dijo:

—¿Quién eres tú, vencedor de los moros, que ahora vuelves tu acero contra los cristianos.

Y el enmascarado, quitándose el negro antifaz, repuso:

—Contra tí sólo lo vuelvo, traidor. Yo fui quien, en leal contienda, dí muerte a tu hijo; yo soy el Tejedor de Segovia. Yo soy don Fernando Ramírez. ¡Defiéndete!

Y el Marqués se aprestó a defenderse y no tardó el fuerte acero de Fernando en atravesarle el pecho.

Entonces, cuando ya moría, teniendo al mismo rey por testigo, preguntó Fernando :

—¿Confiesas que tu traición quitó la vida a mi padre, quien murió inocente?

Y en aquel supremo instante dijo el Marqués, volviéndose hacia el rey :

—Confieso.

El rey, que, mudo de asombro, había presenciado aquella inesperada escena, preguntó a Fernando si él era quien había dado al Conde la muerte. Y Fernando contestó lo que sigue :

«Yo le dí, Señor, la muerte,
Por agravios que me ha hecho,
Que su injusta tiranía
Me obligó a ser bandolero ;
Por él y su padre, el mío
Pisó el cadalso funesto,
Y yo con astuto engaño,
Salvé la vida, poniendo
Mis vestidos a un cadáver,
Con que mi muerte creyeron.

Quiso raptar a mi hermana
Y a mi esposa pretendiendo,
Porque lo impedí, en mi rostro
Estampó los cinco dedos.
Humilde pongo a tus pies
Mi cabeza, si merezco
Pena, cuando siendo noble
Tan justamente me vengo.»

Por los muchos y muy injustos quebrantos que había sufrido, el rey perdonó a don Fernando. Y por su mucho y reconocido valor al vencer a los moros, quiso premiarle a él y a todos cuantos le habían ayudado en la empresa que eran todos los que con él en la sierra habitaban. Volvió a sus primitivos oficios a los villanos y a los caballeros les devolvió todas sus dignidades. A doña Ana Ramírez de Vargas la unió con Garcerán, que tanto la amaba, y a don Fernando, el antiguo y famoso Tejedor de Segovia le hizo alcaide y le confirió otros muchos honores. Teodora volvió a ser doña María de Luján y ya nunca más se separó de Fernando, su esposo.

Y como era hora de perdonar, hasta Chichón, el aprendiz traidor, fué perdonado.

LAS PAREDES OYEN

I

En la ciudad de Madrid, y hace ya muchos, muchos años, habitaba una viudita tan joven y tan linda que cuantos galanes la veían convertíanse al punto en sus admiradores. Bajo sus rejas, que a muy poca altura de la calle estaban, oíanse con la mayor frecuencia serenatas y canciones—y aún estocadas, a veces, según cuentan las crónicas—y no pasaba un día sin que el correo le llevara madrigales y quintillas de los más altos poetas entonces conocidos. La viudita vivía sola con su doncella y se llamaba doña Ana.

Entre los galanes que a doña Ana cortejaban, contábanse dos que eran los más rendidos y constantes: don Juan de Mendoza y don Mendo de Guzmán, y aunque el primero era el que más muestras de su pasión daba,

doña Ana prefería a don Mendo y hacia él se inclinaban su corazón y sus favores.

Porque don Juan era de noble estirpe y de hechos generosos, pulido en el hablar, florido en el decir, y en todo leal y caballero pero... más pobre que las mismas ratas. Y por añadidura no tenían su figura ni su rostro nada de atractivos y como su poco caudal no le permitía ataviarse con esmero, resultaba, físicamente considerado, un tanto desdichado. Don Mendo, en cambio, era en todo un perfecto galán, pulido, remilgado, parlanchín y obsequioso, y como además de ser muy apuesto y gentil, era rico y desprendido, iba siempre vestido según el último figurín, llevando sobre su presumida persona un dineral en ricas telas y costosos trajes. Por esta razón doña Ana de Contreras, la rica, hermosa y noble viudita, sólo tenía para don Juan desdenes, mientras cada día otorgaba a don Mendo nuevas esperanzas. Con lo que aquél, que era el que más de verdad la amaba, estaba dado a todos los diablos, y éste, en cambio, se mostraba cada vez más y más radiante.

Y en verdad que no eran del todo justas las preferencias de doña Ana, pues si bien don

Juan era desgarbado y pobre, su excelente corazón y su noble proceder valían más que todos los tesoros y todas las bellezas, y don Mendo, en cambio, con su bella figura y sus floridas palabras era un trapalón que, antes que a doña Ana, había dado palabra de boda a doña Lucrecia, su prima, y un maldiciente que a todo el mundo criticaba y de todo bicho viviente hablaba mal.

Sucedió, pues, que tras el obligado cortejo, por parte de don Mendo, y después de muchas súplicas del apuesto galán, la viudita le prometió darle el ansiado «sí» tres días después de la fiesta de San Juan, que ya se aproximaba, y que ella pensaba pasar en sus posesiones de Alcalá. Y el galancete se quedó muy contento y don Juan muy desesperado, porque antes de marcharse le quitó doña Ana todas las esperanzas.

Y he aquí que llegó la noche de San Juan, y Madrid ardió en fiestas. Y sucedió que la viudita debía partir para Alcalá como había dicho ya a don Mendo, pero en el momento en que se preparaba para la marcha vió tan mustias y contristadas las caras de todas sus

doncellas que no pudo por menos de preguntarles qué tenían.

—Señora—le dijeron—, ¿cómo podemos irnos contentas esta noche, en que todo son en la villa bailes y fiesta y jolgorio, teniendo aquí cada una de nosotras nuestro galán y nuestra diversión? ¿No fuera mejor que esta noche bailáramos y marcháramos mañana a Alcalá?

La dama, que era muy complaciente, comprendió que era natural que sus doncellas quisieran divertirse, y accedió a quedarse hasta el día siguiente. Y las doncellas y camaristas se fueron de fiesta y ella se quedó en casa.

En tanto, llegaba a los madriles el duque de Urbino, quien, como su egregio título indicaba, era un alto caballero. Y como nunca había estado en la Corte, y era joven y alegre, quiso conocer la ciudad y gozar en ella todo cuanto pudiera. Para ello dió orden de que dos caballeros le acompañaran en todos los momentos, yendo con él a todos los saraos y diversiones. Don Juan de Mendoza y don Mendoza de Guzmán fueron los caballeros elegidos.

Con el acatamiento que a tan noble señor debían, los dos hidalgos se prestaron gustosos

a ir y venir con él y en aquella noche tan alegre y bullanguera no se separaron un instante de su lado. Le decían los nombres de las calles, de los sitios y de las personas y le servían de guías en la ciudad desconocida. Y sucedió que, andando, andando, después de haber recorrido mil plazas, calles y saraos, se detuvieron delante de la casa de doña Ana, que era una de las mejores que en Madrid por aquel tiempo había. El Duque no pudo por menos de fijarse en ella y preguntó a sus acompañantes :

—¿De quién son estos balcones?

—De doña Ana de Contreras—dijo don Juan—, por ellos se asoma el sol siempre que ella se asoma.

—¿No podríamos verla?—preguntó el Duque, que por ser noble y mozo, era atrevido—. A fé que si es tan bella como la fama dice, me gustaría conocerla.

—Pues es cosa más que difícil—arguyó don Mendo—, porque precisamente en estos días se encuentra en Alcalá. Además, no creáis que valga la pena...

Y he aquí que, como doña Ana no había ido a Alcalá, según sabemos, se encontraba



...se detuvieron delante de la casa de doña Ana...

tras la reja de sus balcones y escuchaba todo cuanto decían los tres galanes. Era don Mendo quien, temeroso de que le quitaran la dama, y bien ajeno a que ella le oía, continuaba, sin ningún escrúpulo diciendo :

—Y, o yo soy ciego, o es ciego don Juan que así puede alabarla. Es verdad que no está mal de lejos, y acaso por ello, don Juan, os ha agradado, pero yo, que suelo verla en su casa y de cerca, os aseguro que éste vale mucho menos que aquél.

—¿La visitáis?—preguntó el duque.

—Soy algo pariente de ella y por eso la visito que, de otro modo, no tendría disculpa el que lo hiciera, tan necia es y tan impertinente.

No hay para qué decir cómo, desde detrás de la reja, doña Ana se enfurecía al escuchar estas palabras. ¡Ella que creía a don Mendo su más rendido enamorado ! Don Juan, en cambio, protestaba :

—Yo, que conozco también, señor, a doña Ana, la creo más que a ninguna otra dama, discreta.

—Callad ¡ por Dios !—repetía don Mendo—. Si no es posible escucharla sin bostezar

de aburrimiento. Y en cuanto a su belleza, no es del todo suya sino de los mil potingues con que se acicala y adoba.

—Señor—desmentía don Juan—, ved, que si yo no soy ciego ni loco, es esa la más bella mujer que se pueda soñar.

—A fe, que por saber cual de los dos tiene razón, quiero verla antes de que pasen dos días—dijo el duque.

Y los tres galanes se alejaron de allí con lento paso, y doña Ana, desengañada del lindo don Mendo, se quedó triste y desesperada jurando que no dejaría de tomar venganza.

II

Había toros en Alcalá y a ellos fué el duque acompañado de don Mendo y don Juan, más que por disfrutar de la fiesta, por conocer a doña Ana, la rica viudita a quien uno de sus amigos combatía y el otro ensalzaba. Claro está que las críticas de don Mendo iban encaminadas tan sólo a ahuyentar el amor del pecho del duque, en quien el hidalgo presentía un rival, pero, de todos modos, no era

justo ni debido que así maltratara en ausencia a quien en presencia decía adorar. Don Juan, en cambio, como era leal, no podía decir otra cosa que la que era su firme sentir. Entre una y otra opinión el interés y la curiosidad del duque más se enardecían.

Sucedió que los tres galanes no pudieron ver a doña Ana en los toros ni en ningún festejo, pues la viudita hacía vida muy retirada y, desesperaban ya de poder verla, cuando, tras mucho preguntar aquí e indagar allá, averiguaron por los cocheros que habían de conducir a la dama que ésta partía aquella misma noche para Madrid. Don Mendo se puso muy contento de ello porque así alejaba a su amada del duque, pero éste y don Juan dieron en discurrir cómo podrían arreglárselas para verla a toda costa y, sin decir nada al amigo presumido y maldiciente, se pusieron de acuerdo con los cocheros para vestirse sus trajes y ocupar, cuando llegara la ocasión, sus puestos.

A todo esto, doña Lucrecia, que era la otra dama a quien también fingía amores don Mendo, se enteró de que el hidalgo había partido hacia Alcalá y, sabiendo que allí estaba

en aquellos días doña Ana, supuso que había ido tras ella, y allá se fué también, loca de rabia y de celos.

Llegó a casa de su prima, la increpó, le hizo saber cómo don Mendo le había dado palabra de casamiento y, por fin, le leyó cierta carta en que el hidalgo decía a doña Lucrecia lo siguiente :

«Lucrecia, de tí a doña Ana
Ventaja hay más conocida
Que de la muerte a la vida,
De la noche a la mañana.
¿Quién a la hermosa Diana,
Trocará por una estrella?
Deja la injusta querella
Desengaña tus enojos,
Que tengo un alma y dos ojos
Para escojer la más bella.»

Al oír doña Ana cómo el que ella creyó su rendido enamorada la maltrataba no sólo de palabra sino también por escrito, se indignó más de lo que ya estaba y despidió a doña Lucrecia tranquilizándola en sus temores.

—Antes me casaría con don Juan, pobre y

desgarbado, pero noble y leal, que con ese trapalón, falso y malhablado... Id, pues, tranquila y estad segura de que si se presenta ante mí llevará lo que merece.

Y he aquí que, en esto, se presentó ante doña Ana un escudero diciendo que dos cocheros pedían licencia para verla.

—Que entren—dijo doña Ana.

Eran el duque de Urbino y don Juan que llegaban disfrazados de cocheros.

Don Juan, para que doña Ana no le reconociera, se quedó en la sombra y fué el duque quien habló:

—Señora—dijo a doña Ana—, Dios os guarde. Sabed que venimos porque el cochero que había de llevaros se encuentra en cama con un dolor terrible. Y queremos saber a qué hora desearéis partir porque nosotros os hemos de llevar.

—Que esté el coche a media noche prevenido—dijo doña Ana muy complacida de la buena gracia del cochero.

—Pues será la primera vez que el sol sale a media noche—dijo el cochero fingido, que sólo con ver a doña Ana ya había quedado prendado de su mucha discreción y belleza.

En esto anunciaron a don Mendo, y doña Ana hizo seña a los cocheros de que podían marcharse, pero ellos, por ver lo que pasaba, se retiraron hacia la sombra y allí se quedaron.

Y entró don Mendo deshaciéndose en cortesías y elogios.

—¿Por qué, bellísima doña Ana, os negásteis ayer a recibirme? ¿Por qué os mostráis ahora grave y callada conmigo? ¿Quién os ha hablado mal de mí?

—¿No tenéis ojos «para escojer la más bella»?—contestó doña Ana repitiendo palabras de la carta a doña Lucrecia.

Con lo que el galán se quedó todo cortado.

—Señora, bien veo que esas son palabras de doña Lucrecia, vuestra prima, esa necia vanidosa—dijo todo aturdido al verse descubierto—, mas yo os juro que en cuanto lleguemos a Madrid he de desengañarla. Que una sola palabra de vuestros divinos labios, doña Ana...

—¿Una palabra mía? ¿Es acaso posible escucharme sin bostezar de aburrimiento?

—Vuestra belleza...

—No es del todo mía sino de los mil po-

tingues con que me adobo y acicalo. ¿No sois vos mismo quien lo afirma así...?

—Señora, yo os suplico...

—No, no os acerquéis : ¿no sabéis que tengo el lejos mucho mejor que el cerca?

—Señora, si don Juan os ha dicho que yo hablo así de vos, don Juan miente ; ya sabéis que su entendimiento es tan corto como su mísero caudal.

—No ha sido don Juan, ni os consiento...

—¡ Ah ! Entonces, forzosamente tiene que haber sido el duque. ¡ Aún no ha llegado a la Corte y ya se emplea en chismes y en enredos ! Acaso cree el necio presumido, que aún está en su aldea, de donde no debió haber salido nunca !

Al oír estas traicioneras palabras el duque de Urbino que, como sabemos, presenciaba la escena en unión de don Juan y disfrazado de cochero, estuvo a punto de salir de la sombra para dar su merecido al falso amigo, pero don Juan se lo impidió. Y los dos se detuvieron un instante para escuchar lo que doña Ana contestaba al galán.

—Ni con don Juan ni con el duque he hablado. Nadie me ha referido vuestras pala-

bras, ni a referírmelas otro, yo las hubiera creído. Y basta ya de esta conversación. Lo único que aún deseo deciros es que no volváis a acordaros de mí y que cuando no queráis que se sepa que mal habláis, habléis bien porque... *las paredes oyen*.

Y esto diciendo ordenó que lo pusieran de patitas en la calle con lo que don Mendo se fué temblando de ira, el duque quedó prendado de tanta discreción unida a tanta belleza, y a don Juan le dió un brinco de gozo el corazón.

*

* *

Mas he aquí que don Mendo, que, además de halhablado y falso, era orgulloso y embustero, juró vengarse y, para ello, pensó en robar a doña Ana aquella misma noche, cuando hacia Madrid se dirigiera.

Espió con su escudero el momento en que el coche de la dama—guiado, como sabemos, por el duque de Urbino y don Juan vestidos de cocheros—se puso en camino, y fué siguiéndolo hasta llegar a un lugar por completo despoblado. Allí lanzó su caballo al galope y

mientras su escudero apuntaba con un par de enormes pistolones a los pechos de los dos falsos cocheros, él detenía, decidido, el coche, e intentaba llevarse a la viudita.

No contaba, sin duda, con que los dos cocheros tenían corazón noble en el pecho, y sendas espadas—ocultas—en el cinto. Porque, pasado el primer instante de sorpresa, empezaron a dar tales y tantos tajos y mandobles, que no parecía sino que no hubieran hecho otra cosa en su vida. La dama se había desmayado; a su doncella poco le faltaba. Y la pelea continuaba cada vez más reñida...

Hasta que, al fin, quedaron don Mendo y su escudero heridos en tierra, su mal intento fracasado y la dama y su doncellita algo repuestas ya del susto y llevadas al trote largo de los briosos caballos de su coche, camino de Madrid.

III

En cuanto llegaron a la Villa y a su casa la dama y su doncella quisieron agradecer cumplidamente lo que los dos cocheros habían hecho por su vida y por su honor. Les hicie-

ron subir y no se quedaron cortas en elogios y expresiones de reconocimiento. Y he aquí que uno de ellos contestaba a cuanto le decían con tan buena gracia y tan pulidas palabras que doña Ana y su doncella empezaron a dudar de que fuera cierta su condición de cochero, y el otro, que no pronunciaba palabra, se recataba tanto con la capa la cara que las dos mujeres sólo deseaban verle el rostro y oír el metal de su voz.

—¿No queréis darnos las manos para que, al estrecharlas, os probemos nuestro mucho agradecimiento?—dijo Celia, la doncella, que era en extremo lista y traviesa.

Y el falso cochero le tendió la mano.

—¡Ay, señora mía!—dijo entonces Celia a doña Ana—. Bien véis cómo es cierto lo que pensábamos de que estos hombres que nos han salvado no son tales cocheros... Sus manos son suaves como la misma seda y de ellas se desprende el más delicado perfume.

Después, volviéndose al otro, de modo que le viera de frente, preguntóle con sorna :

—Y vos, ¿sois mudo? ¿De qué estáis ahora triste y temeroso después de haber luchado tan firme y sin temor?

Pero el cochero silencioso no contestó, antes subió un poco más el embozo de su capa.

—Es inútil que os canséis porque es mudo —dijo el duque.

—¿Sí?—preguntó, incrédula, la traviesa moza—. Pues yo bien juraría que no es otro que don Juan, que se finge mudo por no perder el bien de que ahora goza. ¿Qué otro enamorado fuera capaz de convertirse por amor en cochero siendo caballero ilustre y noble? ¿Qué otro hubiera luchado por su dama con tan firme y valeroso afán? ¿Qué otro, en fin, pagara el desdén con amor? ¿Quién, que no fuera don Juan de Mendoza, mi señora doña Ana?

Y la viudita tuvo que acabar conviniendo en que, en realidad, nadie sino don Juan de Mendoza, a quien ella había desdeñado tanto, sería capaz de mostrarse tan abnegado y rendido. Entonces los dos caballeros se dieron a conocer y doña Ana se mostró muy gozosa de tener en su casa a tan noble caballero como el duque de Urbino y a tan firme galán como don Juan. Y en su honor y en celebración de haber salido con bien del ruin ataque de la

noche anterior, dió una gran fiesta, a la que invitó a don Mendo.

Volvió el falso galán a requerirla de amores y a pintarle su amor con palabras por demás rimbombantes ; dióle ella una buena lección mostrándose del todo desdeñosa y entonces él, vengativo, y como siempre malhablado, la insultó acusándola de amar a sus cocheros.

Todos los concurrentes a la fiesta se mostraron sorprendidos e indignados ante tamaño insulto y ella, entonces, dijo tranquilamente :

—¿Amar a mis cocheros? Tenéis razón, en parte, pues a los dos les estimo como a mis iguales y con uno de ellos me voy a casar. Mas permitidme que os los presente. Son... es decir, fueron, el duque de Urbino y don Juan de Mendoza, en quien os presento a mi futuro esposo...

La sorpresa de los invitados fué en aumento y doña Ana, entonces, les contó con muy buena gracia cuanto había pasado, haciendo notar cómo *por qué las paredes oyen* se había enterado de lo poco que valía don Mendo y de lo bien que la amaba don Juan.

No hay para qué decir el gozo que sintió el

fiel enamorado... Lo que sí diremos es que el duque de Urbino que también andaba ya algo enamorado de la viudita, dominó su pasión y su enojo, y aún se alegró un tanto al saber que quien se la llevaba—ya que bien la merecía—era don Juan.

Don Mendo, entonces, despechado y confuso, se volvió a doña Lucrecia, que también se hallaba allí, e intentó recuperar su amor, pero la dama, de modo que todos la oyeran, le contestó :

—¿A qué venís a mí? ¿No soy una necia vanidosa? ¿No me íbais a desengañar en cuanto llegarais a Madrid? ¿Ya habéis olvidado, don Mendo, que las paredes oyen, y que sé, por lo tanto, cuanto decís de mí? Además, de que ya tengo elegido mi esposo. Es el Conde, a quien os voy a presentar.

Con lo cual el maldiciente se quedó más corrido que una mona. Y todos los demás fueron muy felices.

FIN

